

Teófilo Tortolero

OBRA POÉTICA



OBRA POÉTICA
Teófilo Tortolero

Edición, compilación y diseño: Radamés Laerte Giménez
Prefacio: Gabriel Jiménez Emán
Derechos reservados: © Sucesores de Teófilo Tortolero
Del Prefacio: © Gabriel Jiménez Emán
Corrección de textos: Yony Osorio
Obra de portada: “El músico” de Edgar Jiménez Peraza

© 1ª. Edición Copyright 2026, Fábula Ediciones
Movimiento de Escritores del Yaracuy, MEY
© Copyright del Prefacio Gabriel Jiménez Emán

RIF: J-31218464-F
San Felipe, estado Yaracuy
República Bolivariana de Venezuela.
Edición sin fines de lucro

ISBN 980-12-2075-9
Depósito legal pp201702FA4709

TEÓFILO TORTOLERO

Obra Poética



Nota inicial

La presente compilación proviene de los libros “Demencia precoz” (1968), “Las drogas silvestres” (1972), “55 poemas” (1981), “Parfuma jaguaro” (1984), “La última tierra” (1990), “El libro de los cuartetos” (1994) y “El día perdurable y otros poemas” (1997). Se tiene en cuenta la cronología por orden de publicación, anotando al final de cada poema su publicación en obras posteriores.

Radamés Laerte Giménez
compilador

Prefacio

LA ÍNTIMA REBELIÓN DE TEÓFILO TORTOLERO

Gabriel Jiménez Emán

A pesar del prestigio que la envuelve, -o a lo mejor por ello mismo- la poesía casi nunca ha sido la forma literaria mejor comprendida o interpretada. En principio, se trata de una forma sintetizada de expresión verbal, con una tradición muy vasta y poco estudiada u observada por la crítica, al menos en la época actual, donde casi no existen revistas ni publicaciones críticas para ponerla en valor. En Venezuela contamos con una tradición poética escasamente valorada; lo visible es una proliferación de textos de autores que en su mayoría ignoran o van a espaldas de esa tradición y en muchos casos, aun conviviendo con ella, ignoran a los

autores relevantes. Hoy voy a ocuparme precisamente de uno de ellos: Teófilo Tortolero.

Nacido en la ciudad capital del estado Carabobo, Valencia, en 1938, Tortolero estudió en el colegio Don Bosco de esa ciudad y continuó Secundaria en el Instituto La Salle y el Liceo Pedro Gual. Dado siempre a la lectura, Tortolero estudia Derecho en la Universidad de Carabobo y frecuenta grupos literarios en Valencia como “Azar-Rey” entre 1968-69 y luego se vincula a actividades en la Universidad, donde asume funciones como Director de Cultura y cofundador de las revistas culturales “Poesía” y “Zona Tórrida”. Sus poemas comienzan a conocerse en esos años hasta finales de la década de los noventa, en uno de cuyos años fallece (1990) relativamente joven, dejando una familia: su esposa Livia Alonso y sus hijos Sergio, Livia Raquel y Rebeca. Vivió sus últimos años en la ciudad yaracuyana de Nirgua, donde forjó buena parte de su obra y donde fue frecuentado por familiares y amigos. Entre los escritores amigos que le rodearon están Eugenio Montejo, J.M. Villarroel Paris, Alejandro Oliveros, Reynaldo Pérez-Só, Adhely Rivero, José Solanes, Rafael Humberto Ramos Giugni,

Luis Alberto Angulo, Pedro Téllez y numerosos escritores carabobeños, caraqueños y yaracuyanos entre los cuales me cuento.

La obra de Tortolero pudiese estar asociada a una suerte de “malditismo” debido su áspera visión del mundo inaugurada en la modernidad europea por un grupo de poetas franceses cuando crean el concepto de poetas malditos en la sociedad donde “el capitalismo se come a los poetas por tajadas” tal decía Charles Baudelaire, célebre autor de *Las flores del mal* (1857) y como están descritos en el ensayo de Paul Verlaine *Los poetas malditos* (1884) donde hace referencia a algunos de ellos: Stephane Mallarmé, Tristan Corbiere, Villier de L’isle Adam y Marceline Desbordes; en Estados Unidos fue inaugurada por Edgar Allan Poe (cuya obra completa fue vertida por Baudelaire al francés) tradición a la que se sumaron luego en el siglo XX poetas estadounidenses como Hart Crane, Allen Ginsberg y Charles Bukowski; en Venezuela inaugurada por José Antonio Ramos Sucre y Elías David Curiel seguida por Luis Fernando Álvarez en la primera mitad del siglo y luego en la segunda mitad por Caupolicán Ovalles, Víctor Valera Mora, José

Barroeta, Ludovico Silva y seguidores más jóvenes como Eleazar León, Elí Galindo, Luis Sutherland, William Osuna y Gabriel Jiménez Emán. Tales poetas “malditos” tienen poco que ver con el diablo, los demonios o el satanismo, más bien están negados a participar de los festines superficiales de la sociedad del consumo, los premios literarios y los escalafones sociales. En todo caso, Tortolero y otros tantos se suman a esta reacción y rechazan participar del canon de una poesía equilibrada o moldeada por formas clásicas y temas convencionales.

El temperamento o carácter de Teófilo Tortolero fue siempre reservado y reconcentrado de hombre silencioso y parco, dado a la lectura y escritura; practicando ésta última con mucho recato y disciplina. A los treinta y dos años publica su primer libro *Demencia precoz* (1968) en cuyo título ya se anuncia una naturaleza mental trabajada al amparo de una imaginación lírica indagadora de resultados estéticos sustantivos, prefigurados por una serie de esencias constantes en su trabajo literario posterior. Desde un primer momento, se percibe una doble dislocación del sino psíquico del poeta, un descalabro existencial

hilado al verbo y estructurado en un mecanismo detonante, esto es, una ruptura interna que va a ser signo permanente de su poesía, advirtiéndolo desde un principio en su trabajo inicial mediante los subtítulos de “Arsénicos”, esto es, elementos letales impregnando su voz:

*Mi hermana se ha quedado
mirando por mi único ojo
o:*

*Alguien se quiere llevar mi inocencia
Reza para que no suceda.*

Se observa en su obra un Yo en permanente búsqueda de refugio en el seno familiar, en la paz de un pueblo o espacio pequeño:

*Se fue la pestaña (madre)
hijo cierra esa lluvia
que la mano no era sino pasto muerto.*

A medida que el libro transcurre entre lluvias y praderas, se va anunciando una “caída”:

*No somos ángeles
aunque recemos en el comedor
con el hocico del animal sagrado.*

La alusión al elemento demencial nos remite a un espacio de dislocación mental o sensorial como parte sustantiva de la visión de nuestro poeta; no sólo en este libro, pues va a ir en aumento en registros a lo largo de toda su obra, visionada bajo múltiples aspectos y efectos a lo largo del presente escrito: la caída en el tiempo, el fracaso, la amargura, la ansiedad, el vacío, la angustia existencial y el dolor por los padres o familiares idos: elementos constantes en el mundo de Tortolero hasta el punto en que parecen moldear la mente del autor-lector en una sola, tal iremos insinuando en el decurso de este trabajo. Tales sentimientos o presentimientos, a su vez, están urdidos a través de una forma dotada de elementos musicales que funcionan a la manera de transmisores verbales: Brahms, compositores románticos, sonatas, músicas nocturnales, sonos tradicionales parecen apoderarse de los instantes emocionales, cuando el poeta es presa de la angustia o la desesperación: *Es terrible la llama en la caída*, nos dice: “*Me aproximé al trono funerario (...) Sus patas de bálsamo se desplomaban / en el lago derecho (...)*”

O en estos versos:

*Hoy es diluvio. Ya están con nosotros
los pájaros gritando
clavando sus picos en al Arca*

Se produce, así, la primera alusión a “la última tierra”: allí donde se hallan la casa, la infancia, la tierra prometida o la muerte:

Si volviera con el ala caída en la mejilla
nos dice, y más abajo:

*He terminado
mi garganta está seca
al detenerse los blancos
en la sala de máquinas*

En tal punto, el poeta comienza a conformar un mundo y un lenguaje (un idiolecto) propios, fundamentado en dos espacios iniciales: la tierra (la infancia, la casa, la familia) y las caídas anímicas (la angustia, el vacío, la soledad) y ello le permite ir estructurando un mundo propio usando imágenes contrastantes que, a momentos, golpean fuertemente la sensibilidad del lector. Justamente, a partir de la

sección “Caídas” el poeta ya posee un perfil claro del mundo por recorrer.

La segunda parte de este libro, “Otros poemas” Tortolero la ocupa con textos dedicados a poetas y amigos suyos recreados en ámbitos de otros países, pero sin desatender la tierra originaria.

*Sufre la madre y sufre como el gallo
tiéndese en el patio de nácar*

Son numerosos los elementos dispuestos por Tortolero en la construcción de su mundo poético, el cual seguirá nutriendo con creces en los siguientes libros.

En ***Las drogas silvestres*** (1972) el poeta se acerca a los grandes espacios, a los vastos paisajes tanto externos como internos. Se trata de una suerte de trasgresión anunciada en el propio término “droga” en su acepción de viaje interior, de experimentación alucinatoria frente a estos paisajes, a través de un arte combinatorio complejo. Se trata de una suerte de *fatum* humano frente a la naturaleza, expresado mediante desgarramientos en favor de imágenes contundentes, radicales, que le permiten escribir versos como:

*Hacia riberas deslumbrantes
hendidias por ensueños, corrientes marinas
camina tu quemadura y tu perfume blanco
En un segundo
Allí donde la copa entraba de cuenca
has oído gritar la luz*

En este libro el paisaje lo arropa todo; lo “silvestre”, justamente, alude a ese elemento puro constitutivo de un paisaje que se va transformando permanentemente hacia afuera y hacia adentro, se va gestando a la manera de un organismo vivo, mientras es aprehendido por el observador —en este caso el poeta-demiurgo— quien a su vez posee la capacidad de transformarlo en su interior anímico, y de someterlo a las perturbadoras “leyes” humanas; o mejor dicho, a la visión del *homo sapiens* o humano sapiente que intenta aprehender la naturaleza con palabras; en este caso vocablos cargados de significados sonoros, plásticos, sensoriales y mentales que terminan conformando “ideas”; en el caso de la poesía, su objeto no sería “conocer” o comprender como objetivo central, sino indicar lugares o momentos donde ese lenguaje se ha desenvuelto, y

aspira seguir en su propósito cuando se aproxima al mundo desde distintos ámbitos sensitivos o cognitivos. Por ejemplo, cuando dice:

*Morir en aguas brillantes y profundas
donde el sol no se aplaca*

y en su antípoda exclama:

¡Oh! ¡Salvaje duna!

Se pudiera decir que en este libro Tortolero asume la construcción de una poética de lo terrible, de la naturaleza implacable de la conciencia humana:

*A tu caída te fragmentas
igual que un fantasma*

Aquí la presencia humana queda reducida frente al paisaje cumpliendo un ciclo temporal, tocado casi siempre por un hálito trágico, por la voz de un ser que aguarda su propia caída o se fragmenta como si estuviese acechado por presencias tenebrosas; se trata en verdad de la caída del ser, en el tiempo o el espacio:

Yo te busco en un salto al vacío

Pero este elemento radical puede girar en el instante de apreciar la belleza de una presencia natural cuando escribe:

Un girasol ha temblado en el mundo

Una flor fugaz deja su huella en el inmenso universo terreno, efectuando un ligero temblor, pudiendo incluso llegar hasta el estremecimiento de un espacio que lo abarca todo, donde la imagen de un caballo, por ejemplo, es suficiente para contener en sí toda la belleza animal:

Cuadra

*Todo lo que chirría fue una vez la casa del caballo
y en el lugar donde murió breve
los estribos colgados tras la puerta
apenas recuerdan su venida a este mundo
Desconocido
semejante al barro trotado en las patas
cuadros rasguños de sus moscas
el alma fue apoyando
entré a dejar la despeinada cabeza
resignadamente
los ojos ambulantes*

*sobre las puntas del camino
y enloquecerlos en el aire
visitado por fantasmas de caballos*

O cuando realiza su regreso al bosque quieto de los pájaros, buscando un refugio. La naturaleza, en este libro, le ofrece al poeta un espacio de retiro, donde “las mañanas asomadas a mi casa” le permiten decir: “con estos ojos me describo y me lloro” y donde el eros ejecuta sus metamorfosis y entonces puede volverse una cúpula o una cesta que lleva pensamientos y drogas silvestres, para celebrar la exaltación de la Naturaleza, la cual, a su vez, constituye una suerte de fatum, de fatalidad:

*Tu frente lleva pensamientos
y drogas silvestres
en una cesta y una cúpula.
(...)*

*En el patio de julio recuerdo la quietud
de otra casa donde un pote vacío
recuerda el vano amor*

Sin olvidar el uso de un tono trágico que le es inmanente, Teófilo Tortolero va en busca de revelaciones naturales, presencias anímicas o espacios para “organizar” afectos en medio de tribulaciones individuales muy particulares, digamos, las cuales le obligan a crear una impronta verbal propia, un sello personal para una escritura identificable en los ámbitos sociales de entonces, convulsos desde el punto de vista político, y desde la perspectiva de una identidad cultural propia, que venía fraguándose desde los inicios de nuestra historia republicana, cuando se intentó rescatar la dignidad de un país asediado por dictaduras militares o visiones políticas ineficaces.

Teófilo Tortolero construye, así, libro a libro, lo que pudiéramos llamar una poética de lo terrible, desenvuelta en el meollo de un presente implacable que se hace visible mediante la presencia de una *herida* que nos hace vivir y nos recuerda, a cada instante, lo terrible de la condición humana:

*A tu caída te fragmentas
igual que un fantasma*

Aquí la presencia humana queda reducida a un mínimo de espacio en el paisaje, cumpliendo un sino trágico de naturaleza temporal que, mientras se desploma, se va fragmentando en varios entes —para emplear la jerga filosófica— aplicada en este caso al ejercicio de la poesía como uno de los “métodos” de comprensión del ser, a la manera de hermenéutica.

Al ingresar a esta lírica imágenes de tipo cristiano, sus asuntos se van complejizando, al apuntar hacia otros niveles de percepción, dado que la filosofía cristiana, con sus implícitos elementos de culpa, redención o sacrificio toman posesión del espacio poético y lo van saturando, sobre todo al aparecer las figuras del padre o la madre, construyendo una gran ausencia dirigida a crear espacios de consuelo, abnegación, belleza pura. En este caso, la imagen del padre siembra un nuevo ámbito trágico de angustia; mientras el de la madre comparece a escena brindando imágenes más frescas, copando el “maternal vacío”. Citamos varios ejemplos:

XV

Sabes tú

quién apura el asiento de mi vaso

*cada vez que un dedo
roza mis hombros
pidiendo que le siga al cuarto
¿dónde nunca te encuentro?*

La fatalidad de un paisaje atemporal, casi puro, se despoja también de las tribulaciones del tiempo:

XIX

*Penúltimas aguas os invoco
olas en viaje hacia la ventana
que se consume entre la fogata del silencio
inviernos soñados
siempre frente a un mismo patio donde secan la ropa
Apenas hendido por el frotar de las gaviotas
regreso al bosque quieto de los pájaros*

En **55 poemas** (1981), reaparecen los elementos naturales asociados a los padres -en las medidas antes referidas-: la fatalidad espacial del paisaje encarnada en la madre, en la caída en el tiempo o en la imagen paterna. En el texto de “Agua parda”, por ejemplo, puede estar identificado con una creciente de agua revuelta con fango (agua parda) como queda expresada en el verso:

*Pálpito en los ojos de los jazmineros
escuché el agua parda con su trueno*

Agua que puede surgir acompañada de un tronar o de un barrido, el agua “rompiendo más el corazón” donde el sentir se desliza entre patios musgosos y el mar implora, es decir, el paisaje no da tregua; la desmesura que aturde y el animal soleado, las alegrías lejanas: todas ellas contribuyen a la construcción de esta leve canción en agosto, confluyentes hacia un poema iniciático y conjugante: “Ábreme el río brillante”, le ruega. Ventanas, golondrinas, cigarras: todos estos elementos se conjugan de cara al debido tratamiento de la naturaleza, como puede observarse en el poema “Oh radas murmurando”:

*Un poema aletea en tus ojos
un poema se recrea en los labios
intenso
lleno de claridad como una fiesta
y bajo la seca luz de julio
viene a tenderse
viene a vivir*

En estos casos, objetos artísticos como el poema pasan a ser objetos cargados de claridad, en una celebración que es también una *verdad* convidada a una festividad natural o a ser partícipe de un enjambre de sentires o pensamientos: el agua entre las sombras, el sonido, la luz, el sudor, la pereza, la soledad, los guijarros y las ostras: todo parece concurrir hacia ese escenario dramático donde Tortolero nos extiende una cautelosa invitación. Veamos cómo amalgama olores y sensaciones:

Ha venido el desaforado olor del cielo por nosotros.

En este caso, el “desaforado olor” es una expresión casi violenta para hallarse adjudicada al cielo. Otros ejemplos son: “la cigarra aturde y escarba”, “Me despeño por la gracia y la desgracia” no hacen sino corroborar la presencia de tales elementos agitados o tormentosos en la lírica de Tortolero.

Pero donde estos signos se encuentran más intensamente plasmados es en los poemas dedicados a la figura del padre, donde conviven varias de las claves trágicas -de donde surge buena parte de la visión angustiosa de la obra de Tortolero- la cual, a mi

entender, inaugura una nueva veta en una extensa tradición de la poesía de nuestro país, dando lugar a un espacio donde el propio poeta anticipa su muerte. Algunos ejemplos de ello son:

Padre, atiéndeme que soy tronco y raíz de tu patio.

(...)

Padre que hizo posible la turbulencia

(...)

Padre que ha caído sobre un bastón que no manda

(...)

El coraje que dio alimento a tanto sueño

como nos dimos tú y yo

en nuestras silenciosas osamentas

(...)

Cada caída anuncia la próxima

Pero también existe el diálogo con elementos naturales, como una simple flor:

Te llevo en espinas de rosas

sacudidas desde el cielo

un trago a tu honor

flor alegre

la más punzada que recibe mi carne

*ahora
cuando beso la última tierra.*

Pudiéramos decir que esta atmósfera trágica va impregnando y escalando a medida que avanzan los textos de estos **55 poemas**, y acercándose cada vez más a espacios de dolor, como cementerios y tumbas: *Nidal de cruces hechas / por manos ausentes*.

Este crescendo, además de cubrir los espacios internos de la casa, sus patios, jardines, cementerios y al propio hecho poético como tal, es presentado como un fenómeno trágico en sí mismo, haciéndose blanco de dardos amargos, atravesando “tu herida en llamas”, en su alusión permanente al dolor y la angustia.

También están las alusiones a presencias tenebrosas donde alcanza su cenit el sentimiento de orfandad, de íntima tragedia del ser donde convergen -como ya anotamos- Naturaleza y Espíritu, ser y vacío, canto celebratorio y desilusión. Pudiera afirmarse que hay una convergencia importante que hace posible esta expresión en varios de nuestros poetas de principios del siglo XX, desde algunos de los fundadores de nuestra primera y segunda modernidad escéptica, como son los

casos de José Antonio Ramos Sucre, Elías David Curiel y luego Luis Fernando Álvarez.

El libro va desenvolviendo su núcleo trágico a medida que transcurren los días y se acerca la muerte. Allí está el recuerdo de su padre y está también la depresión y la tristeza, el camposanto con sus cruces y un aire terroso respirando sobre ellos, ese “aire que no cesa de parir moribundos”. Se trata aquí, en efecto, de una poética que no se detiene en producir este tipo de ámbitos, profiriendo sus alaridos amargos y llegando al extremo de generar imágenes radicales del tipo: *por tu herida en llamas*.

Estas atmósferas tenebrosas alcanzan su cenit creando, a través de un sentimiento de orfandad, un íntimo clímax ontológico desde donde emergen carencias y vacíos, entes creados por desilusiones íntimas. Diríase que la vitalidad de esta poesía dimana del ser y de un espacio de reflexión siempre en busca de una imagen que le permita sobre-vivir o sub-vivir entre los pliegues de la realidad.

*Pero ya no estaban mis pupilas
en mi Ser*

dice, mientras aguarda la llegada de un pájaro: un gorrión cuyo canto y presencia le permiten sobrevivir a la caída, volviendo por momentos a los acertijos de la propia existencia.

*Repite la palabra alcanforado
que no existe y es sin embargo tan querida
a la hora de donar la cabeza
que va en los sueños
por la potestad de una nota dulce
y a la vez aterradora*

En la lírica de Tortolero cohabitan presencias naturales y mentales, fuerzas destructivas y edificantes que van tejiendo, capa sobre capa y a través de un procedimiento sutil, las distintas interrogantes que asedian al Yo y a la conciencia, en un proceso que tiene mucho de cognitivo, de filosófico. Debido a ello me he atrevido a hablar aquí de drama ontológico, de una ruptura psíquica profunda. En este sentido, la lírica de Tortolero se erige desde una visión pesimista del Ser; el cual, de tanto en tanto sube, escala colores o sonidos o lugares plenos en busca de una claridad terrena, donde el paisaje le aguarda para recibirle en su seno.

En *Parfuma jaguario* (1984) la figura de un jaguar asciende como presencia simbólica de lo animal, seguida de una “Elegía” en tres estancias: *Soy la mirada de la resurrección*, dice. Y al confesar esto, encarna él mismo la posibilidad de re-encarnar en el alma animal para asumir así las distintas identidades que se desprenden de esa naturaleza; de ahí también la permanente alusión a la criatura animal que habita de modo permanente en el ser humano, con posibilidades de liarse a los elementos de Madre Natura, como en efecto acaece en este libro; tal detalle es justamente el posibilitador de la interacción de la mirada animal al seno de la realidad, y al seno mismo del lenguaje:

Corazón trucha saltando entre tus dedos

(...)

Sobre la muralla china los amantes

fueron aquí aprisionados por la luna

Es como si se estuviese escuchando la elegía trágica de un amor negado, en tres estancias poemáticas de una complejidad abismal. Tortolero ha construido una lírica a la par de original, provista de una hondura sin par en la poesía venezolana del siglo XX, si indagamos en sus fuentes principales. Digamos que su primer rasgo

distintivo es la hondura existencial; el segundo un sello “salvaje” (léase “natural”) desenvuelto a través de un tono dramático con propensión a lo autodestructivo. Pero la tragedia de Tortolero no consiste en registrar accidentes o muertes repentinas: se trata de la tragedia de la especie, del fracaso natural al que está expuesta la condición humana desde su vertebramiento genésico de signo irreversible; es por ello que nos agobia por instantes. Asistimos a una suerte de desnudez de la especie, rodeada de signos, símbolos animales y vegetales, y de los mismos sucesos de que está hecha la existencia. Es de observar, en el intra-lenguaje creado por el autor, cómo se deslizan en él sonoridades arcaicas, golpes verbales ásperos a fin de referirnos la herida humana experimentada por el ser, lo cual registra una triple revelación: del ser, de la conciencia natural-animal y de la cercanía (o lejanía) de los seres de su especie, que bien puedan atraer hacia el Yo angustia o felicidad.

Siguiendo una secuencia cronológica, nos encontramos con ***La última tierra*** (1990), obra aún más hermética y sinuosa, donde un elemento como la luz no

cumple solamente una función purificadora sino que hace ver, aún más, el dolor o la tribulación.

Ondeas en el sahumero de mi sangre

(...)

Sigo en mi patio muerto

con sus lagartijas y grillos borrachos

mirando el agua caer de mis ojos verdosos

(...)

No tengo aroma conocido,

ni lavanda, ni sándalo,

(tal vez un pino de corta vida)

jugando a vivir con la muerte.

Texto tremendamente fuerte, marcado por una carga dramática desoladora; aquí los “juegos” con la muerte pueden derivar en espacios abigarrados que no ofrecen escapatorias a quienes los leemos como actos de purificación. Cuando el poeta se califica a sí mismo “último” ya nos está anunciando que se trata de una estación postrera donde van a cumplirse no sus deseos, sino su destino; la aceptación humilde de una tierra que sigue en movimiento y le incita no a hacerse más preguntas acerca de su destino, sino a aceptar designios o mandatos superiores. El poeta -como un demiurgo

arcaico de los poderes terrenales- acepta su fragilidad y su caída en el tiempo, refundiéndose al paisaje. Se halla en su tierra originaria que es también la última, donde le espera nuevamente el dolor:

*Al dolor, al dolor
al dolor repetido
de una casa de terrones
que agonizan de instante en instante.*

Ahí también le espera la memoria del padre, expresada en una elegía a su recuerdo (aparentemente se trata de un padre “muerto por propia mano”:

*qué dolorosa y dura fue su muerte.
(...)*

*Adiós, señor de tanta majestad
caído por su propia mano
a la última tierra.*

También le canta a la luz:

*Bajaré a tu reposo,
luz amante,
luz pura.*

Este sentimiento de último destino implica varias imágenes complejas como: “En mi casa sola de aguas”; “cabellos de oscuros dolores”, “cadáver inclinado de perfume”, “le ofrendo mi vida a mi muerte”. En el poema intitulado “Una puerta golpea” nuestro poeta deja ver parte de su infancia transcurrida en una bodega ubicada cerca de unas maderas rotas, tablones apilados, una pared rugosa y “unos alambres claveteados por el sueño” .

Mi padre atravesando patios

Conversando en su delirio con mi madre enferma.

Nótese, en esta breve enumeración, como el poeta pasa de una descripción de objetos a detallar un estado mental o de mala salud física. Aquí la voz poética intenta aprehender el origen de una angustia vivencial profunda, en un espacio (una ferretería) donde su vida transcurre en silencio, “*atrapado a una red de metal y a mostradores tristes / rozados por las manos de inmigrantes chillones / alargados en su terco destino de morir / claveteando una mesa de fantasmas.*”

El poeta se mueve en espacios de memoria melancólica, experimentando sensaciones ambiguas:

“igual que un oboe”, dice, comparándose al sonido de un instrumento de viento, o a través de su símil más fuerte:

Materia perdurable

la que arde en el aire de los ojos

(...)

madera perdurable el dolor de saber que te ausentas

madera perdurable la casa que ocupaste

y abandonaste

Luego la tierra se va como transfigurando y el universo íntimo del poeta adquiere nuevas texturas expresivas: se acerca el fin de la nostalgia de la tierra y el poeta debe asumir otros roles.

Hoy asisto al taller de mis huesos astillados

y nobles en su encanto

he de llevarlos hasta su pura cuna

(...)

Me ven salir de tabernas que no existen

en estas soledades que abrazan mis ojos

Varias de las imágenes de Teófilo Tortolero parecen surgir de su propia imaginación doliente, como

podemos observar en innúmeros textos suyos: “Tener una pulpería” “Fermosa ternura”, “Grisette”,

En uno de ellos leemos:

*Arrojé mi vestido a la corriente
donde soñé el cansancio de esperarte
sin embargo, llamé a tus ojos
me describo y me lloro en tu regazo
pero siempre me siento abandonado.
a la última tierra.*

También hay en Teófilo una clara alusión a la música, y referencias sustantivas a sonidos melódicos, sonatas, adagios, oboes, canciones. Al extremo, la figura del padre se yergue para dejar respirar y se transfieran sentidos y pensamientos, intuiciones y desasosiegos, imágenes de dolor o agonía sirven de asideros importantes para esta obra. Se cumplen entonces el mito y el ciclo del eterno retorno al paisaje agreste, presente en textos como “Estación alemana”, “A la cabra”.

Este último dice:

*Vi llegar el sol
a los ojos de la cabra miserable
al comenzar el deshielo de su mirada
de esos globos atentos al martirio*

Mientras por otro lado el padre y la madre van conjugando imágenes contrastantes surgidas también de un paisaje anímico:

A la sepulta

*Y al calor de un cortante azul
respiro en la humareda
brotado de las horas incendiadas
tu transparente mirada angustiosa.*

En *El libro de los cuartetos* (1994) la expresión poemática se limita a la forma de cuatro versos, pero gana en musicalidad, en sonoridad, tal podemos apreciar en versos como:

*Apenas leo en tus manos oficios y solsticios,
Fresca es la noche en que te nombro
Te siento a pedazos eres templo a pedazos
Vas pudriéndote en mi paraíso.*

El demiurgo intenta hallar, en esta ocasión, un poco más de paz, de claridad e incluso de armonía aferrándose a ciertos signos de purificación como la música. En el poema intitulado “Canción” no encontramos signos de luto o decepción, sino de alborozo o fertilidad:

*Solo hay
Los apamates regresando
de sus desmesurados espacios de amor
pájaros eternos
aturdidos al fin de tantos cielos
la noche cierra su gran libro de láminas
abre los jazmineros y los grillos.*

Y así continúan los ascensos y recorridos por riberas, hasta alcanzar estados de meditación o reposo, descritos entre el paisaje, la naturaleza, los animales, la casa, los padres. De hecho, los últimos textos de Tortolero se encuentran inspirados en la figura materna.

Madre

*Todo se prende al final de una sábana mojada
con tu sangre
y la cabellera negra*

*derramada frente al espejo:
toda una vida
sosegada en las mejillas
doquiera tu decisión me arrojara
a tu placenta de regreso.*

Este libro nos presenta el fenómeno del regreso como un reconocimiento anímico y como un encuentro consigo mismo.

En la sección titulada “Otros poemas”, textos como “Tren de sed” o “Nous” nos deslumbran mediante espléndidos desenvolvimientos líricos -en cuyos fondos resuenan músicas ancestrales- notas originarias traspasadas de enigmas:

*Somos cuerpos amantes, somos hojas de agua, orquídeas
pensamientos, casas sacadas de sus huesos
amigos de una hormiga que vendió su alma a la quimera
somos una estrella gritada por un grano de oro
en un patio de amor,
esbelta, damos ansia, perdón de los rencores,
somos Dios de un furtivo amor que no tiene mejilla.*

Advertimos similar atmósfera en el texto de “Adagio en una calle sola” y en otros como “Una oquedad bastaba”, “En el cielo rojo”, “La vida es sueño”, “Nuestros días”, “Marzo”, “Esto queda del día”, “Mi mamá Andrea”, “Mi padre”, “Reverie” y otros.

Estos poemas postreros pueden ser vistos como despedidas de un mundo irisado de fulgores y resonancias, elementos familiares, presencias iluminadas por el recuerdo y provistas de un toque melancólico propio, en medio del cual puede advertirse una profunda reflexión acerca del existir humano, examinada mediante estancias contrastadas, penetradas de un hálito trágico donde se describe una evidente caída existencial, -como ya hemos anotado- el poeta-pensador se detiene en centros de iluminación íntima en busca de signos y elementos que lo rediman o sanen su psique rasgada, su tormento íntimo, como si una especie de desgarradura estuviese dirigida a su saneamiento en su re-encuentro con la tierra, el aire, el agua, el mundo callado de los seres queridos.

Una lectura detenida de su obra revela que dentro de su corpus lírico habitan presencias insospechadas, pulsiones abismales que nuestro bardo intenta apresar

valiéndose de contrastes opresivos, de un “tête a tête” del mundo interior con el exterior, de un desamparo cuyas huellas podrán ser acaso borradas por el tiempo o por la cercanía casi dolorosa de un paisaje que le redime:

Estoy metido hasta el cuello del cielo

dice, como si el cielo que le salva también le asfixiara. Y en otro poema escribe:

Era un sueño del cambiante octubre

como si el mes en sí mismo poseyera parte de la conciencia humana. Y en este itinerario de contrastes, Tortolero nos hace ver reflejos de la gran paradoja humana, donde los mismos placeres terrenos se saborean como vinos amargos; donde las ventiscas nocturnales y las pulsiones eróticas se han encontrado al final del camino, mediante una operación de íntima rebelión, ha sido sanada por una hermenéutica lírica de la contemplación; pero esa operación no es de manera alguna positiva o segura de sí misma: se entrega a los vaivenes del espíritu, al hambre de cielo o nube que sufre constantemente el ser, a la urgente presencia de

los seres queridos o de los paisajes raigales que acudieron puntualmente a sus citas.

En efecto, Teófilo fue hilando pacientemente una serie de imágenes contrastadas que le granjean una voz peculiar en la poesía venezolana y latinoamericana del siglo XX, y que ahora, en pleno siglo XXI, conserva aún su lozanía debido al incesante fuego interno que supo dominarla.

Gabriel Jiménez Emán

INDICE

Nota inicial

4

Prefacio

La íntima rebelión
de Teófilo Tortolero
Gabriel Jiménez Emán

5

Demencia Precoz

41

Las drogas silvestres

79

55 poemas

118

Parfuma jaguaro
162

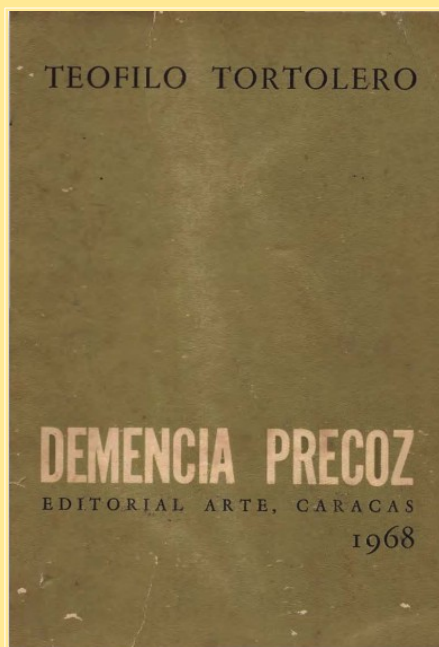
La última tierra
166

El libro de los cuartetos
231

El día perdurable y otros poemas
328

DEMENCIA PRECOZ

(1968)



α

Arsénicos

I Libidinal

Madre qué decía esta palabra
a tres pasos de la sala demente del llanto
(un ojo fijo en los corredores)
qué decían los centauros
recostados en el azul de cera de tu almohada?

Volvía un espejo
retornaba en pedazos
de batas blancas enfermeras saltonas

Madre esta tarde mi médico ha dicho
ha nombrado tu nombre por tres veces
y su palabra sonaba con seca concupiscencia
a tetas de tambores
pero nada nombró Rorshach ni dijo
de este esplendor de hígado
de fresca tumba al álbum de esquizoides

Nada quiero para certidumbre ni para nada
ni la caída de la máquina de curar los ojos
que me pesan como nueces de plomo

Ensayo un paso de salida a la sala de este día
la que me dieran de buen calor reposo
pero qué hago del corazón que me muerde
qué te hago a ti qué me haces

Asco de carne tengo
para llevar esta saya ensalivada

Ya regresan
cállate que llega mi muerto!
y debo preguntar por mis amigos
debo bailar para decir que me contento

*(incluido posteriormente en el poemario “El día perdurable
y otros poemas”, en lo sucesivo Edp)*

II

Hostia santa hostia santa
el comulgatorio recién lavado
la camisa nueva para las visitas

Mi hermana se ha quedado
mirando por mi único ojo
creo que ríe no la perdono
pero me gusta su cabello
la piedra verde de su sortija

Cuando ella viene le digo que me salve
que me lleve lejos

Escucha hermanita
cómo se rompe en mi pecho la seda?
alguien se quiere llevar mi inocencia
reza para que no suceda di Padre nuestro
tócame para que este mal se vaya

Estoy contigo
pero no quieres sentir
que me rompen adentro
no pones el oído como te digo
(y si mi madre viviera te diría que sufro
porque conocía mis demonios
ella me dio agua bendita
me puso en el pecho la palma)

Mírame dime que no te irás
que nadie se va a ir
ni se llevarán mi pureza
y moriré en mi casa sin pecado

(Incluido en Edp)

III

Ágata con los números. Estoy perdido
qué lavas hermana?

se me vienen los ojos caminando por la espalda
mañana vendrá Navidad con el cartero
quiero esconderme de este llanto

Mi casa no parece un clavel
nadie tiene la culpa ni yo ni el asco
no eres el amor que no me diste
ni te amo por hadas que lleves
por tu abrigo nuevo

Odio como hambre soy
devoro este corazón por todas las noches
que no me parecí a mi padre en su oficina
que no tuve parecido con sus trapos
ni sus manos protectoras
porque era un niño de tres risas
y nadie reparó la primera vez que me heriste

No me cura mi madre de sus hospitales
nadie quiere salvarme de esta luz
que me da golpes en la frente

Soy alto para tus tristezas
soy bajo para que me canten esa canción
que me gusta

Por esa carpintería sería feliz
un sólo dibujo de Ágata me haría feliz

(Incluido en “Parfuma jaguaro”, en lo sucesivo Pj, en “55 Poemas”, en lo sucesivo 55, y en “El Día Perdurable y otros poemas”, Edp)

IV

Se fue la pestaña (madre)
(hermana) hijo cierra esa lluvia
que la mano me pesa como pasto nuevo

Deja que la lámpara haga de noche
su voluntad en la sala
quiero dejar las cosas tranquilas
dulcemente olvidadas
cuidar la menta de la araña

Olvida y vuelve cuando no te consuele
regresa olvida que soñé contigo
porque mi amor acaba de morir

Deja que la lámpara haga de noche
su voluntad en la sala
comprende que no tengo propiedad
sobre el odio de Dios a mi camisa
y esa pestaña de cartón cerrado

Pasea por el noble campo
tú que fuiste
el primer animal de mi recuerdo
bebe yo te bendigo

Se está quebrando el sol
otra vez el día oscuro

(55, Edp)

V

Allá en la lluvia camina la risa de mi amor
Pongan en mi cuerpo el Agnus Dei
que dormiré en su pecho fresco
como el aceite del campo
en la gran luz de mi cabeza

Ella fácil incesto
la falsa portada del olivo
brillando para mí como Edipo delirio
Edipo abierto a la máscara de escopolamina

Anillo de hongos en el agua
mi suerte no es preciso nombrar
si mi poder cae en su caja de manzanas

Comprendan que no tengo posesión
para llevarme el corazón de su palacio
hablo de sus mareas y estoy ciego

Jerusalem tus muros con la luna
otra vez vuelves a mis ojos su velo
su seda esmeralda

Pero llegará el éter a la gran servidumbre
y quebraré sus huesos en la piedra

VI

Hablo al ojo vencido de gamuza
responde un jaguar incomparable
la fuerza ensamblada en las patas
las trenzas caídas en los ojos

Eres nieve de esperma ave de baile
comprenderás el mal de estar oscuro
un día una tarde
de bajar cada vez al estanque
del agua de la rótula?

(Llamo Estela a la almendra
cáscara de paloma su mirada
nadando en mi cabeza
como un pezón de golondrina)

Hierro de cielo para mí más cierto
que la almendra amarga bajo lengua
confórtame en tu playa
acerca a mi espalda la alondra de raposa

Y diré alegre como sea tu deseo:
mi máquina de anís ella ha salido
camina en el cerebro
como una calavera bamboleando de noche
en un carro de avena

Guarda arcoiris
no se pierda en el mar de alta noche
la loba celofán de vientre

(Edp)

VII

Llévate esa pradera de mis ojos
el alcanfor caliente los bosquecillos
porque hay un ‘cello mío que canta
y una viola
semejante al ungüento del pecho

No es mía esa torre con almenas frías
los lagos y todo lo manso que fui con mi
hermano
no regresan?

Recuerdas las abejas
los pomos en la caja de soldados
el olor de la leche caliente
la sangre pequeña en la nariz?

Si comienzo a morir esta tarde
caliéntame con fiebre
de tu buena compañía

(Pj, 55, Edp)

Caídas

No somos ángeles
aunque recemos en el comedor
con el hocico del animal rapado
la migaja en el cielo de la boca

No queremos ser cosas de Dios
por batas que llevemos
a los cuerpos de zorro
despertar sin la gracia orinando

Si fuéramos hermosos como los cuentagotas
en su copa de vidrio de lavanda

Me canto solo
como se canta la campana desierta
pero se consume la esperanza de salir
el estar de ella en el picaporte
igual que la mujer que no tocaré nunca

La canción del regreso se hace tarde
mejor quedar en la niebla maleza

conformarme a mi piel conocida
oír el corredor llegar a las sábanas cada mañana
y dormir el colirio en la ventana

Vuelvo la cabeza las orejas
al ángel que lleva la máquina de caminar agua
pero mi sombra llama a la puerta
de aire pulmonado

Estrella de naranja quiero estar contigo
reír en tus brazos salvo y distante
lejos de ser la fatiga de carne

(55, Edp)

Guardé la boca hacia el rincón llorando
suplicando a la madre del arroz (mi verdugo)
pero siguió la cuchilla en las venas

Pregunté por qué el martirio no cesaba

La miel roja no se detuvo
aunque giró la mano en busca de sutura

Ella mi sangre era echada en las hojas
donde un oso inválido lamía

(Edp)

Todos sufrimos esta noche en el patio
reunimos los ojos en un sólo lienzo
y comprendemos
que no falta una gota en ese paño

En el pecho de Dios nadie está
no hay estrellas visibles
para estos corazones de pavor

Toma esta mano ángel
con dedos encerados
si alcanzas a romper la cáscara de cera
verás una hormiga beber
el cielo de la sangre

(Edp)

Hay pasto amargo a la izquierda de esa estrella
la rodea una herida tres veces ovalada
que baja de radio al campo de los grajos

Quién honra su sueño como la caída de los ojos
qué madre esclava bebe en su copa de plasma?

No hay amor de sus brazos
aunque sople de noche sus costados
tocando sus espigas ardientes
la leche del cielo

(Edp)

Brahms

es terrible la llama en la caída
los golpes y aletazos a la puerta del aire

Sentir las aguas del Ángelus tan cerca
y no alcanzarlas
la mirada perdida en los infiernos
cuando la niebla atraviesa la carne
sin llamar

Brahms

son terribles sus coágulos sus cachorros de
espuma
flotando al río de la epilepsia

(Edp)

Me aproximé al trono funerario.
Sus patas de bálsamo se desplomaban
en el lago derecho

En su loor canté en silencio oprimiendo las flores oscuras
casi hundidas a un lado de la barca

Mas al sentir que su pecho se negaba a los ángeles
mis manos temblaron en el centro de lo irremediable

(Edp)

No hace hora esta noche
sólo el aire en los tubos de hueso
la helada la muerta la perdida

Lloremos su recuerdo fatuo

(Edp)

Diluvios. Resurrecciones

Hoy es diluvio. Ya están con nosotros los pájaros gritando
clavando sus picos en el Arca

(Edp)

Si volviera con el ala caída en la mejilla
y sus patas sangrantes brillando en el sol
a la entrada del templo
rendido y rojo en el aire su plumaje
hasta caer finalmente a la última tierra
yo llevaría su dolor suplicante
a los ojos lluviosos de Palas Atenea

(Edp)

...la canción del regreso se hace tarde...

Los castores están tibios
recién curados gritan
se desangran en el lunes de la mesa
pero algún día verán sus ojos impacientes
la noche de resurrección

Encontré sus ovarios en el lago
aún no despertaban los soles
en la melena de los cedros
pero la majestad fragante me vencía

Aspiré y por tres días retuve en los pulmones
aquella tempestad de lavanda

No sé cuánto he dormido desde entonces
pero la hija del espliego
ha caminado y bebido mi sangre

(Edp)

He terminado

Mi garganta está seca
al detenerse los blancos engranajes
en la sala de máquinas

Ven por mí

Otros poemas

Haroldo en Italia

*Berlioz 2 p.m
a Villarroel-París*

Caminaré este bosque púrpura
hasta escuchar las voces de los peregrinos
igual que el sueño en la hostería
del lago Lombardo

Ya siento la esquila hacia el poniente
diviso las almenas gastadas por el viento
pero a una vuelta del camino me detengo

Ya no puedo seguir ya no respiro
solamente el ansia me tiene en pie
abandonado he perdido la boca y el consuelo
En el campo distante resuena la viola

Venecia

a Lourdes Gotto

Venecia está sobre las aguas. Sus casas
navegan en canales
y ondulan medias de señoras fajas y golondrinas
en las apariciones de la espuma (ya las cartas
no van lacradas
nadie se teme lo bastante)
De la barcaza grito una pregunta
que nadie responderá de los palacios

Dejad que solo en este embarcadero me condene
Venecia está en el agua como una mentira

(Pj, 55, Edp)

Orfeo

a Eugenio Montejo

Orfeo se hunde en su propia sustancia
la que llama Eurídice
y el necio pájaro ventrílocuo
lame en el charco de sangre creado en su honor
por la soberbia de su alma
lame anhelante sus migajas estremecidas y ampolladas
como pedazos de la dama perdida

A cuadros escoceses
recibe tu daño mi alma enferma
y eres tan niña que ciertamente no pareces
la húmeda maldad
goteando desde el jardín hasta mi lecho

a Luis Alberto Crespo

No tomaría por nada ese dado
de flancos sangrantes
a pesar de la fuerza escarlata
que me arrastra hacia el paño
donde exhalan sus ojos
y del frío de otra vida
prometida en las manos
de los jugadores

(Edp)

Sufre la madre y gira como el gallo
tiéndese en el paño de nácar
a soñar con la sed
guarda la razón de su vientre
las batallas de abejas
pero siempre nos mira desde su potestad
con lástima
y lame el dolor de cabeza
moviendo la cola siempreviva

(55, Edp)

Muelle cuatro

Cerca del muelle cuatro no hay esperanzas
algún café perdido en las maderas
y una colilla húmeda

Los sacos de sal apilados con desgano
aguardan un estivador que no ha nacido

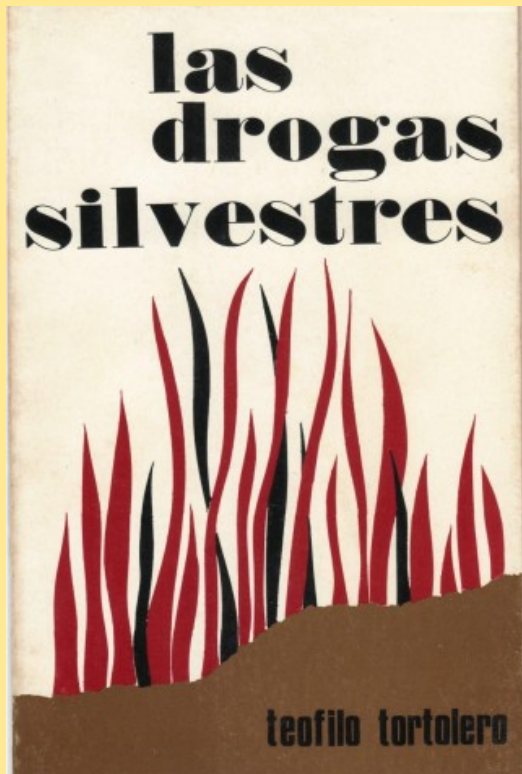
Son las cuatro en la tarde de bruma
y cuando intentamos el regreso
los pasos se extravían

Al cerrarse una puerta en las bodegas
su chirrido se confunde
en el grito de un pájaro

(Pj, 55, Edp)

LAS DROGAS SILVESTRES

(1972)



Los campos de merinos

I

No hay ave secreta desde aquí a los canales
O sollozos de quien va evadiendo
Los roces de gargantas
Ya anegadas por febrero
Tu paraíso se ha desleído al mirar el agua fijamente
Tu paraíso tu pequeña muerte

II

Hay un espacio donde la flor toca a veneno
Lugar en que alguien sin reparar en el perfume
Dejó crecer una cantata
De tanto dolor
Aspas frías de huracán al mismo tiempo
Que aposento de un grito que crece y ampolla

Oh Pastor de Dios
Quita de la hendidura el borbotear de sangre
Haz que cierre los ojos esa claridad
Que devana su muerte

(55, Edp)

III

Aquí el aire abre las puertas
Donde llama marzo
Desde el fondo de la casa un pájaro grita
Igual que infinitos desaparecidos
A una hora y ninguna

Otra vez miras cuentas días de soñar
Frotando los recuerdos en la puerta

Se abre la pieza estás en tu nido de sol
Prisionero

(55, Edp)

IV

Hacia riberas deslumbrantes
Hendida por ensueños y corrientes marinas
Camina tu quemadura y su perfume blanco
En un segundo
Allí donde la copa enfriaba su cuenca
Has oído gritar la luz

V

El día termina con una llamarada
Sobre el mantel nuestra cena fue devorada
Por los muertos
Quiénes son ellos
Aprisionados en el aire de estos telares
Cansados de cruzar los campos de merinos?

Nada sabemos de su suerte
Mas cuando alguna vez seguimos el ra
Que va a las sementeras
Creemos percibir las voces
De nuestros amigos

(Pj, 55)

VI

Veo venir en aceros pinares y charcas
De salitre eterno
La montuosa cadena que aduerme estos ojos
Viene al lindero donde las bestias
De un solo camposanto
Se echan a lamer el desierto badajo
Que no quiero nombrar

La rueda que se hizo cargo de mi vida

(55, Edp)

VII

Los recuerdos van hasta el caserón
La calle húmeda sin luces
Y los sapos quejándose en las charcas
Distantes del portal
A una hora que está solo en mi memoria
Me desvanezco
Y se llena otra vez mi nariz del perfume
Que cubría tus oídos

(Edp)

VIII

Solo

Sin vivir un año en sus ojos

Ballestas que me abatieron

Inocentes

¡Oh salvaje duna!

IX

Déborah

Cuántos rayos de luna

Perdidos esta noche en el monte

Y el fuego de tu casa

En el humo del cielo

Toma mi mano Déborah

X

Podrían ser los brazos de Berenice Bay
De Laura o de Amalie
Imaginarias y calladas en la memoria
De lo que no ha salido

Sus nombres regresan grabados en los árboles
Al fondo del invierno
Y de alguna manera ellos están en la niebla
Que cubre el parabrisas

(Pj, 55)

XI

A estas charcas azules vinieron los pájaros
Encontramos sus huellas
Las patas de sus genuflexiones
Al hundir la cabeza sedosa
Urdida en el telar del aire
En los pozos abandonados por la primera lluvia
Al último día del verano

XII

Rada

Morir en vida propia

Sin probar la caricia

Pero en aguas brillantes y profundas

Donde el sol no se aplaca

XIII

A tu caída te fragmentas
Igual que un fantasma
Alguien
Posiblemente otro fantasma
Reúne tus pedazos
Pero duele tanto tu imagen en sus manos
Que te deja caer nuevamente

(Edp)

XIV

Hoy he visto el doble el cielo

XV

Sabes tú
Quién apura el asiento de mi vaso
Cada vez que un dedo
Roza mis hombros
Pidiendo que le siga al cuarto
¿Dónde nunca te encuentro?

XVI

Yo te busco en un salto al vacío

XVII

Un girasol ha temblado en el mundo

XVIII Cuadra

Todo lo que chirría fue una vez la casa del caballo
Y en el lugar donde murió breve
Los estribos colgados tras la puerta
Apenas recuerdan su venida a este mundo

Desconocido
Semejante al barro trotado en las patas
Cuadros rasguños de sus moscas
El alma fue apoyando
Entré a dejar la despeinada cabeza
resignadamente
Los ojos ambulantes
Sobre las puntas del camino
Y enloquecerlos en el aire
Visitado por fantasmas de caballos

XIX

Penúltimas aguas os invoco
Olas en viaje hasta la ventana
Que se consume entre la fogata del silencio
Inviernos soñados
Siempre frente a un mismo patio donde secan la ropa

Apenas hendido por el frotar de las gaviotas
Regreso al bosque quieto de los pájaros

Las drogas silvestres

1

Me ufano de una hora que no ha de venir
Cuento las mañanas asomadas a mi casa
En pericos viajeros
Con estos ojos me describo y me lloro

2

Las drogas que pasaron por otoño eran falsas
De la casa sólo está un mango roto
Anegado de hormigas
Es mentira que tu ombligo fuera echado al mar

3

Repites tu invitación a la playa
Tomas mi mano tan suavemente
Que creo que no existo
Pero de pronto muerde tu calavera mis hombros
Y entonces me ahueso totalmente

Si él canta no se está despidiendo de nadie
Sus plumas están completas
No tiene razón para cantar

5

Una mañana cae sobre otra mañana
Pero su telaraña sigue igual
No se ve otra cosa que el sol

6

Tu frente lleva pensamientos
Y drogas silvestres
Es una cesta y una cúpula

(Edp)

Hojas secas iban camino del sur
Era simple mirarlas
El vals de oro estaba en mi cabeza

8

En el patio de julio recuerdo la quietud
De arenas movedizas
No es ésta mi casa
Estoy de paso
Mirando una ardilla

Aquél pote vacío recuerda el vano amor

(55, Edp)

Una capa de luz abrió esta puerta
Y entraste parda y vieja con la oval quemadura
Sobre tu corteza que picotearon pájaros de mar

Has vuelto a recordarme en tu llamarada
Una antigua promesa
Olvidada en tanta memoria como fue posible

Es igual un día y otro en las islas
Teñidas de martirio
Pasa y bebe ese anís tras la puerta del fondo
Quién regresara a tu paraíso donde a media mañana
Tomaste la cicuta

11

Como tuvo en su memoria el mar una gota de pájaro

Así tu...

Puerta del poniente

Sol enrojecido en su cruz

Días de Corpus

En mis mares las cabras han perdido su orgullo

Y ya descienden por última vez

A beber de la ampolla de los encantorios

13

Si un junco has rozado
Al instante que tus ojos caían
Sobre los reflejos
El sonido de la charca será tu pensamiento

Oh verde lejanísimo
Cómo explicas sin cansancio el mecanismo de la piedra
Sentada en su tercera pobreza

(55)

Memoria de Oriente

Puedo ver tus pasos en la oscuridad

Se que respiras en los naranjos

La melodía de un pecho lavado

Una gota inválida cubre tus patios libres

Te anuncias desde el sol de la quietud

Desde una palmera que lleva en los ojos

Como al descuido

Arenas

(Edp)

Vuelas bendito en los mangos
Y no te persiguen los remordimientos
Lejos de las costas brumosas
En la inmensidad de la copa
Eres parte del aire abejado

A ti juego esta frente quemada por los daños
Reclamo para ella la quietud de tu renuncia
El estar simple y el pecho con luces
De pie sobre el maternal vacío

(55, Edp)

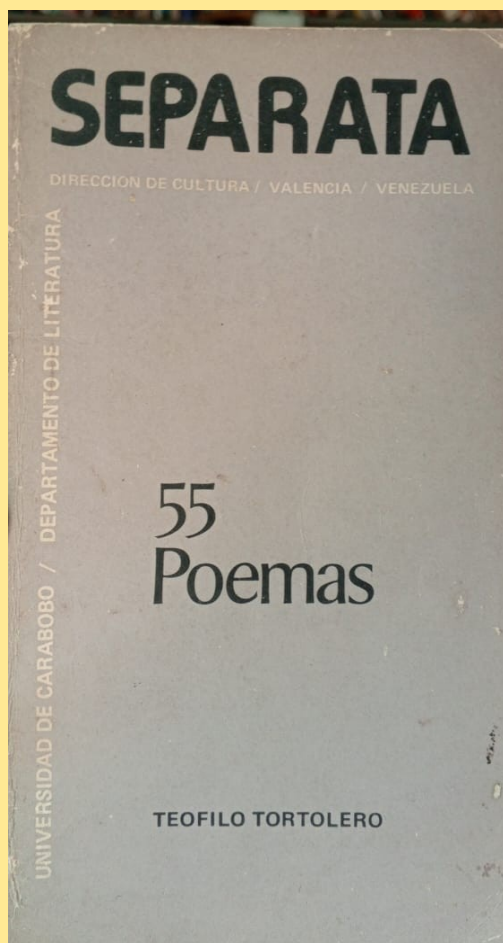
16 Anaxandra

Anaxandra

Tu nombre este invierno araña mi puerta
A veces creo que estás en alguno de los grillos
Que cruzan la pared empapelada
Advierto todo el temor de ti
Cuando un trueno revienta sobre los hormigueros
O desde la puerta del fondo veo cómo el día
Es tragado por la barriga del corral
De noche froto las manos del Desvío
Sólo para que no me encuentre
Anaxandra
Tu cabeza cosida de muñeca

Vengo desde el invierno décimotercero
A morir sobre arenas moradas

55 POEMAS (1981)



Otros poemas

Felonía

Tal vez convenga regresar al muro
donde el grillo ha gritado.

Es posible que allí esté todo el tesoro de la felonía
aguardando nuestra pala angustiosa
para que lo libre de morir entre ladrillos
y lagartos

Felonía
palabra de qué bella infamia
alguien irá a separarte de la reseca tierra del lindero
uno que conoce por ensimismamiento
las adormideras y caminos de hormigas

(Edp)

Agua parda

A mi padre

Escucho el agua romper en la memoria
agua que se abrió paso a través de los ojos
cuando mi corazón
que trabajaba cerca de los lirios
en ellos martillaba
al fondo de los patios musgosos
donde los orihuelos y azulejos
brillaban con su nata canora

En ese entonces
por quién sabe qué murmullo
o pálpito de mis ojos en los jazmineros
escuché el agua parda con su trueno
con su bramido de un cielo a otro
venir a romper más el corazón
por no se sabe qué secreto entendimiento

(Edp)

Mares

Nuevamente los mares deslíen sus cabellos
de oscuros colores
donde viene a batir la fragancia trágica

Nadie tal vez conoce esta inclemencia
que arden los pliegues de la salada soledad
al reventar los dardos del sol
las furias y losas del agua

El viento, un clamoroso viento
eleva las playas carcomidas
y saca sus maderos y animales trizados
a la puerta de arena

Un grito de la ceguera líquida
ha inflamado este día
y de su corazón, de su almendra amarilla
ha saltado el licor de los ensueños

Mares nuevamente
de imposible fulgor y silencio
implorantes a un lado de la costa

(en “La última tierra” y en *Edp* como “Mares nuevamente”)

A Reynaldo Pérez Só

No vi lo terrible de la muerte
porque acompañándome su cierta pisada
me fue concedida la desmesura que aturde
al animal soleado
y alegrías más lejanas que las palabras
que las nombran
la gracia de untar en mi pecho esta luz
leve canción que mi alma despierta
sobre un campo de agosto.

(Edp)

Ábreme al río brillante

Ábreme al río brillante
a su primera estación de fuegos
Doscientas madres gritan sobre las ondas rojas
Hay cascos y el vocerío de la turba de enanos.
Ábreme al río enfermo sus campanas tocan a rebato
Debo acompañar a todos los dementes
en su franja de sándalo
y entonces de las manos de mi madre
recibiré agua fresca
y San Juan la derramará sobre mi calva
que sueña siempre en el Paraíso
de los bienaventurados

Bendice estos ojos que han visto a Dios
caminar mi cerebro

(Edp)

La ventana

La ventana nos ciega
Se cierra convulsa en el martirio de la lluvia
Sus cortinas bostezan bajo el fuego del cuarto
Hay madres de ángeles
tapices
o simples furias y olores de remedios.

Pienso que una golondrina eternal
Aspiró la luz martillada.

Antes de esconderse frente a ti.
Ventana roída de música.

$$(Pj, Edp)$$

Tienes una hora para el desgarramiento
donde no puedes recordar otra cosa
que una flor
ahogada o mutilada por sus sombras
siempre en ese patio lleno de ranas
y quejidos
adorado por los cielos
amado desde todas las cabezas
que comienzan a arder

(Edp)

Tu sol tu rostro ya sobrevuelan los secanos
No se une más la sangre en el torrente de resinas
Pero tu clamor enciende en los días que el humo dispersa
La quimera de alguna cigarra.

(Edp)

Oh radas murmurando...

a Alejandro Oliveros

No se puede hacer nada; es demasiado para una sola/
vida

Oh radas murmurando apretadas a los muelles
en el calor de días que van reconociéndose
a través del rumor de las especias.

Era preciso guardar las aguas cerca de las casas
medirlas con los ojos hasta fríos corredores
de luz menguada
para que aquéllos viajasen a otras plazas
a otros bazares
hasta confundirse en ojos sacados
de lejanas arenas.

Nada se puede hacer en estos puertos
como no sea perderse en sus tabernas
claveteadas de amargo

expuestas a los gritos de los que atravesaron
todos los alcoholes
del oleaje que desaparece en su propio pensamiento.

(Edp)

Un poema aletea en tus ojos
un poema se recrea en los labios
intenso
lleno de claridad como una fiesta
y bajo la seca luz de julio
viene a tenderse
viene a vivir.

(Edp)

Sonido de luz blanca

A Roger Capella

Un sonido de luz blanca se apoya
en los párpados
mientras la mañana cae, desde las resinas
y fuegos de abejas
a las hinchadas sementeras.
Por un sendero de los mismos ojos
la oblea golondrina
dando aletazos de luz cruda
avanza a borbotones
sobre el campo del mar.

Hoy
este día..

(Pj, Edp)

No se puede evitar

a Juan Sánchez Peláez

La mirada
el agua de las sombras
nuestras manos tendidas
el sueño del sol bajo las piedras
la madera
el sendero donde brota el sándalo
la copa del árbol
el lagarto de cola rota
los vasos puestos a secar
el sudor de los cuerpos amantes
el aliento empañando los cristales
la soledad del insomnio
la pereza
las llamas que modula el pensamiento
la rada salobre
un guijarro en la mano
las ostras silenciosas

los espejos profundos
tu cuerpo apoyado en la cama
la sangre que alardea
el alcohol empozado
el grito de la oquedades
la piedad
la noche bienaventurada

Ha venido el desaforado olor del cielo
por nosotros
y la cigarra aturde y escarba
al lado de una puerta
que todavía se abre al temblor.

Bajo los puentes me diste el aire seco
y tormentoso
soplaste tempranamente el corazón
que ahora se humedece por toda la tierra.

Me despeño por la gracia
y la desgracia
No tuve cabras para apartarlas
de los dioses lobos
pero soy buen cabrero
que a su hora y en el tiempo
justo
un sentido, un dios
más allá de los montes
o piedras sagradas.
Tomó veneno, su ramaje,
en torno de su vida,
y amando y desarmando
queda.

(Edp)

Para mi padre Teófilo II

Padre mío padre de la esperma que hizo posible
la turbulencia junto a mi madre bienamada
de pronto creo que nos desconocemos y conocemos
y soy la espuma que flota en tus aguas
y alguna vez nos miramos y acunamos
sorprendiendo como la madre va resplandeciente
el sol en sus espaldas

Padre atiéndeme que soy tronco y raíz de tu paño
del trébol amable de tus ojos -iris contra iris-
y en el nombre tuyo hijo que soy
no espíritu santo
a ti imploro un campo silencioso
junto a los vellos de tu pecho
al lado del ombligo de mi vista

Padre perla caído sobre un bastón que no manda
y es un sencillo sostén de madera para tus manos
rugosas y manchadas

Por favor hazme este bien de sostenerme en tus/
sencillos huesos
y que yo no sea viejo de los tímidos nervios
cuyos dolores pudieran girar en un tío vivo
el hijo que está ausente de tu llanto
y el coraje que dio alimento a tanto sueño
como nos dimos tú y yo
en nuestras silenciosas osamentas.

(Pj, Edp)

A Pablo Gómez

Discurre la vida
en la tarde y las flores
frente a mi memoria

Son tantos días de penas alambradas
que hizo el viento

Respiro el alma de este día
que se hace noche
y siempre guardo la almohada
y la esperanza de un cielo que no acaba
de desplomar sus soles

Acaba esta mentira Dios mío.

(Edp)

Cada caída anuncia la próxima
Así Nada, me vas besando
en heridas, estrellas, ladrillos del sueño

Copio tu vestido
en mi sangre doliente
y me llevas de las manos
tan amorosamente
que miro al cielo
y eres tú
la misma Nada
siempre, irremediable
igual espejo
donde la hojilla
saca mi barba.

(Edp)

Flor, no te pedí opinión
sobre el olor de la cebolla

Eres hermosa y simplemente,
estás en mis manos para siempre

Pareces eviterna
(o lo eres de veras?)

Sin embargo flor loca de campo,
de piedras, de aires,
de pájaros, rumores, azahares,
amiga,
te llevo en espinas de rosas
sacudidas desde el cielo.

Un trago a tu honor
flor alegre,
la más punzada que recibe mi carne,
ahora,
cuando beso la última tierra.

(Edp)

No te huele a resina
a monte nuevo
recién cortado por el hacha del cielo?

No te huele a nada de tu sombra,
del hueso tuyo
que espera por tí,
acampando en un dolor?

(Edp)

Va para sus montes
va para sus vacas
va para su trote
va para sus nubes
va para sus asombrosos
ojos negros
y está amaneciendo
en el tejido de aquel rebozo
desteñado.

(Edp)

Saco la rosa
que por el antiguo camino
vino a mi vista

Pero la rosa
regresa a mis pestañas
con mis pensamientos

(Edp)

Nunca tuve tu amor
nunca lo tuve
y así naciendo fuimos a la nada;
por despeñados, ojos y cascadas
cada uno cayó desde su altura

Se fueron estos ojos al silencio
de una carne preciosa
amaneciente,
sin perder por un rato sus despojos
del aire que nos vió
desvanecientes

Hoy me quiero mirar
y ya te miro,
ojos, pestañas, aire de mi vista

Ya estuviera en tu sangre adormecida
si la regara eterno
tu visita.

(Edp)

Cementerio de Nirgua:
nidal de cruces hechas
por manos de ausentes

Aquí están amigos aguardándome
en tragos y salivas,
en flores de plástico
y doncellas doradas o tristes
de toda tristeza
que viene a los terrones
donde los muertos ven pasar hormigas,
bachacos de olor a señoritas
jamás salidas de sus casas
Con amores de agua de Florida

Es que el aire no cesa de parir moribundos
cerca del río,
en este barranco
que los recibe a todos,
olorosos a silencio,
olorosos a herraduras.

(Edp)

Poesía

Para Alfonso Burgos T.

Poesía:

ese sórdido y cándido infierno
de mentir musitando a solas
en dolor contra el sol
frente a la pared blanca
a la augusta puerta del llorar
frente a las cruces doradas de flores;
de beber por el sueño el topacio y el vidrio
por las tapias
tejados y rosas
que tu mano desprende;
por el silencio y los muñecos
que bajaron de un soplo a los sepulcros
por el frío que recorre las plazas
por todo lo que fue por todo lo que falta
y te toca y te aniebla
por tu herida en llamas

fijo en tus pestañas
a tus ojos clavados al suelo
que te recibirá un día
sin quejarse por nada.

(Edp)

Este verano
ominoso
seco y de lágrimas
es tuyo.

No has de hacer nada
para huir de su rada
pues te amamanta
paciente que crea el sol
a cada parpadeo de sus ojos.

Nada harás
en su fiesta de sangre
pobre tropero sucio del mirar
y frotar sueños.

(Edp)

Todo suena a lástima, a piedad y al fondo estar/
en el olvido.

Parece que las almas retornaran de un viaje que/
nunca hicieron.

Todo se escurre, todo se va, alma, y las flores/
que tejiste

en días y días de prisas, besos y pausas,
angustiosas pausas, pero melodiosas,
se destiñen en el aire frío.

Presiento que estas manos ya no tienen las tuyas
deseosas de huir del tacto de mi sombra.

Me recibe el rumor de mis ojos solos
en su golfo asombrado de ser nada,
a pesar del calor de un pecho clamoroso,
pasto de llamas de fieros y ardorosos venenos.

Guardo mi día y la pureza de un pensamiento
en el alcohol que tus ojos preservan
como un ocaso lleno de hojas y sacrificios.

Madre del amor
me siento solo.

(Pj, Edp)

La bruja de pelo negro
crece para mí dolientemente
Súbita viene a mí en una llama de sonrisas
y besos de lástimas
llamándome a su bosque,
a sus moradas y nieblas de otro mundo

Yo palpo su otredad
y el fino aroma de sus ojos vivos

Entiendo que la tiza que traza sus pestañas
amamanta una mirada,
endurece la hoja
de un cuchillo terrenal y materno

Has de saber alma
que la bruja me toma y conduce
a ventanas que sangran, a corredores tristes,
siempre ofrendándome un beso

que ha de terminar en la caída
y en un rodar sueños abajo, noche abajo
muerte abajo.

Has de saber alma
que en las bebidas sus venas extraño
y se turba mi pulso y la vista se aniebla
al recordarla

Has de saberlo.

(Pj, Edp)

Anhelo el espacio moribundo
donde el sol se tiende a soñar
por último
con patios, ladrillos y lagartos
llameando en besos
ofrendados a la hoja
que ha de cortar de un tajo
y tantas coronas amarillas
como inventó su nacencia
obligándose a darnos el puro fuego
por amor a los dioses
por estar suspendido y mandado a obedecer
el rumor de las ranas
el ojo anhelante de tierra

(en Edp aparece como “Texto I”)

Me reservo el derecho
a habitar-me
y a llenarme de mis cosas
(de mis visiones)
a enlutar mis pupilas
a cada campanada

Soy libre. Lo entiendes?

(Edp)

Un pájaro era esa sed de vivir
que desmenuzaba sus ojos bajo el cielo

Caen esos dolores con acentos breves
y aquéllos se convierten en la soledad
de un trino
de una hoja hecha niebla
aplomada por dios en un flechazo

Pero los estanques, los cálices, el humus
vienen ardiendo por las copas
y la taberna resulta pequeña para celebrar
un cielo despejado

Madres de los pájaros
quien va detrás de vosotras
gimiendo en un atardecer que huele a seda
a "Dama de Noche"?

(Edp)

Tilo

a Roger Capella M.

Se ha cerrado el tilo donde reconocía tu voz
pero, aire que clama por su vida,
la chimenea se ha dorado al sol
y las tejas llevan el musgo vaginal
cagado por pájaros y voces borrachas.

Yo, sólo rey de gatos que bajan a mi mesa
doy recuerdo metido en la ración preciosa
de carne o pellejo cuando el aire enfría.

Yo, sólo tú, tuvimos la manía de besarnos
en el tejado amargo plagado de lluvia.

Yo, sólo tú has llenado mi vida de desencanto
de verlos morir
tan ángeles, tan frágiles,
niños espumantes tomando cerveza en mis brazos.
Todo es tan oloroso como las venas
llenas de LA DAMA DE NOCHE.

(Pj, Edp)

En que yo me lance por tu sangre

No están lejos los días
en que yo me lance por tu sangre
abajo,
cruzando los troncos
los rápidos del aire azul
y te bese muriendo,
murmurando el nombre de tí,
de tuya, de ésta, ésa, aquélla...

(Edp)

Extraño y bendito licor de tus ojos
Como una leche que brotara
ansiosa y tibia
de un rincón donde el café guarda la noche
De la mirada de un rayo
abatido por su propio perfume

(en Edp comienza: “Extraño y raro licor...”)

Llegó hasta mi puerta un gorrión
y hablándome el dialecto de los nomeolvides
dijo a mis ojos: quiero que saquen lágrimas
de mis apuestas,
cada vez que pierda mis pasos
en el viento más salado del mar;
deseo que ustedes besen las espumas
por más que ellas mueran un instante
pues volverán naciendo
las ondulaciones del agua
que no acaba de beberse.

Bajó hasta mi ventana un temblor de espinas
y hablándome en la lengua de sus tristes crótalos
dijo a mi frente:
anhelo un polvo, un galope, un terreno
donde mi nacimiento sea encontrado
sin mayores pesares.

Tocó las bisagras de mi casa el viento:
miró a mis ojos solicitando la llaga

perfumada,
tocó, repitió insistente
pero ya no estaban ni mis pupilas
ni mi ser.

(Pj, Edp)

Repite la palabra alcanforario
que no existe y es sin embargo tan querida
a la hora de domar tu cabeza que va en los sueños
por la potestad de una nota dulce y a la vez aterradora
cuando en una jaula antigua llena de lágrimas
y paisajes feroces
desmontan tu inocencia
lastimándote siempre más adentro
hasta despertar en la tierra ajena
donde vienes a confundirte
oh pobre majestad rey llorado

(en Edp comienza con el título “Alcanforario”).)

PARFUMA JAGUARO

(1984)



Otra vez siempre jaguar

Caminé por el aire de un jaguar
y sus patas temblaban en las viejas maderas
de la casa honda
Besé sus ojos, tan lastimado estaba su latido
que arrastraban los míos al gemido.

Oh jaguar perfumado, podré ver otra vez
los destellos de tu celeste palma,
la quimera de la estrella bienamada en el rigor
de tu lluvia estampada?

Crece animal querido en la sala sedienta
de mi casa,
que yo te amaré, besando tu pelambre
hasta que se haga noche,
todo de noche.

(Edp)

Elegía

1

En el tercer aniversario de nuestra boda
tuve deseos de estrangular a mi preclara mujer
Un día casi alcancé su garganta
cuando se inclinaba sobre la jofaina.
Inadvertidamente mis ojos de cera
chisporrotearon
al ardor de su séptima costilla
y ya me quedé ciego sin remedio
buscando en sueños
su cuello su perfección desierta.

2

Quién está en asfixias
Quién renace en las sombras
de un reloj muriente,
acabado y soñado en el patio
donde suelen encasquillar caballos
que dejan valijas sudorosas
de sus amos muertos?

Quién mueve la mecedora
de esa casa vacía,
contemplándose en un espejo
que lo fragmenta y lo pregunta,
acariciándolo lamiéndolo furtivamente?

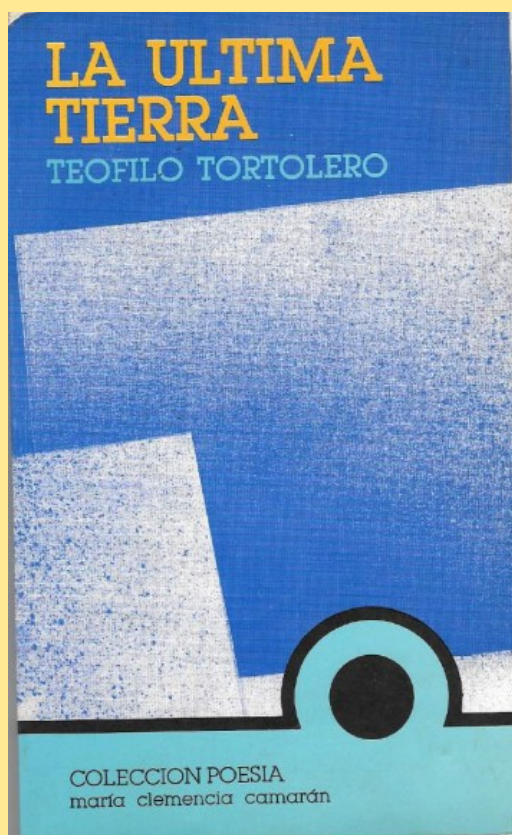
3

Soy la muralla china la resurrección
cesarán de volar estas cometas cuando cante el gallo
y algo como una serenata enerve el aire.
Oh fierecilla brillante y parda
cómo se equilibra este juguete en tus manos
corazón trucha saltando entre tus dedos.

De pronto un rayo abrió las ligaduras
las venas azules
y al fin de los pantanos chocaron las alas.

Sobre la muralla china los amantes
fueron aprisionados por la luna.

LA ÚLTIMA TIERRA (1990)



Desabrocha mi pecho luz
y llágame
Sé que estampas mi sangre
como el vaivén de un molino cualquiera
Entiendo que estás en zarcillos y bucares
y que los amables saltamontes
juegan a tus dados dorados
De tiempo te he visto otear en los espejos
mi sudario
Sin embargo, luz eviterna, te aprisiono
en los pomos de esencias
a campo traviesa
en los pasamanos . . .
Entiendo de un golpe en la tarde amarilla
que ondeas en el sahumero de mi sangre.

Hasta saciar los ojos de su duelo

A Ricardo Capella

Tomé la pluma por su mano izquierda
en este instante se llamaría topacio
esta luz que me asombra
en pesadillas crueles y venenos

Tomé la pluma por su mano exangüe
ahora justo se llamaría papel azul,
morado o triste

Tomé la pluma por su tinta niña
y ella -la pluma- me miró a los ojos
y negándome toda gracia o consuelo
que se dá a los mortales silenciosos,
ganó sangre
hasta saciar los ojos de su duelo.

Va para sus montes
va para sus vacas
va para su trote
va para sus nubes
y al volver la cabeza para mirar
el último candado
lleva la mirada asombrosa de sus ojos negros

Está amaneciendo en el tejido
de aquel rebozo o desteñido.

(Edp)

Caballo bebe l'alma tú conmigo
aprende del humo de los techos
que el gozo de morir en el afrecho
es un puro soñar de madreselvas
y florcitas de pascuas
Pelambre que aparentas un retozo
junto a la vista de tu madre irisada

Caballo, sueño que no acaba
el trotar de los enfermos
donde se seca el llanto.

(El libro de los cuartetos, en los sucesivo Eldc)

En mi puño te quedas y callas
No eres más la nata revoltosa de otros días
Sobre latas haces que el día renazca
para los pobres ojos de sus dueños
Bajas por una gota al geranio
a la rama quebrada que quiere estar solo
como recuerdo
Y esto que parece una casa del monte
es sólo un suspiro de tu resplandor.

Que trata de mi mal

Mi mal existe desde que tenía lo que se llama/
uso de razón

Sigo en el patio muerto
con sus lagartijas y grillos borrachos
mirando el agua caer en mis ojos verdosos
Sigo esclavo del mismo patio que me asombró
donde mi madre ebria de cáncer me acunó
en un retrato suyo que me acompaña en esta lluvia/
pestilente

No tengo aroma conocido,
ni lavanda, ni sándalo
(tal vez un pino de corta vida)
Perdí esta vida jugando a vivir con la muerte.

Luz caída

Te cerraste en hojarascas;
y el verano cenizo no entendía tu color,
a ratos sucio como una tropa muerta,
a otros igual que si una rada bajara
a tu ventana enferma

Un instante chocado contra una carreta
de acero miserable
te devolvió la lumbre
y del estambre y la saliva
volvió a gorjear la sal de tu lágrima,
de tu propio quejido.

Siempre se vuelve al sitio
de la adoración:
al venado prisionero de patas febriles,
en su campo de hostias y ortigas;
al rincón que guarda
la lagartija de veta azul
como un quejido al cielo
en lluvias y arcoiris

Al dolor, al dolor,
al dolor repetido
de una casa de terrones
que agonizan de instante en instante,
mirándose en el desplome
de sus piedrecillas huérfanas
de toda compasión.

A ti, amable de todo veneno

El dolor no se mitiga
en el pañuelo
en el lino, en el sollozo . . .

Existe como una mansedumbre
irreparable

Tiene recodos, venas
chapotea en la estiba
y las camisas sucias:
corre, muerde recuerdos
por las marismas presurosas
de arenas

Cabalga como una copa tuya
de cangrejos
que jamás conocieron el caballo

Esta noche el dolor
me ha besado en el sueño
dejándome el ungüento de la boca

(Edp)

A esta hora
no hay sangre de muertos
el hielo cae sobre la cerradura
de la boca,
donde hay torpes excusas
y besos sofocados

Esta luna comienza a nacer
en Nochebuena,
y los gatos toman su lumbre
para bendecirse
bajo pobres sotanas

Señor de esta locura:
¿Qué gema padecen estos seres;
qué pasa en sus carruajes enjoyados
que no se animan a dejar el mundo?

A mi padre Teófilo II

Elegía, en su memoria

Qué dolorosa y dura fue tu muerte
qué dura y dolorosa
fue tu muerte mía

Ave, traza tu rato, tu no ser
cuando crezca en carne tuya
el jazmín de las furias
y el alcohol
que derramó callado en tu pureza

No intentes más estar en mis manos
como un sonido de hueca sangre
porque resuena tu pisada y tu bastón
en mis patios,
donde tus pies sagrados se consagraron
a vivir sin amo;
besando el limpio cielo de las mariposas

Adiós, padre de mi adoración,
adiós, gentil hombre del suelo
del camino y las rosas

Adiós, señor de tanta majestad,
caído por tu propia mano
a la última tierra.

(Edp)

Pastorela a Carlos Durrego

In memoriam

Carlos,
Tal vez te adormeciste en la Marcha de los Peregrinos
del niño Haroldo,
escuchando las esquilas de Los Abruzos,
fijos tus ojos
a piedras ofrendadas finalmente
al arrullo de viola que anunciaste
en tiempo de lamento

Honda es la sed que te llaga
y consume en letras de la tarde parda

Profundos son los llantos
que el campo atraviesa en amarillo,
en sus campanas tañidas
a través de ríos locos de nombrar
sus espumas

Carlos,
tú conoces los cornos, los vibratos;
tú que contemplaste la rústica estrella
humedecer sus duelos en las ventanas
donde exhalan vaporosos campesinos:
vestidos de enamorados campesinos

¿Cuándo regresas, Carlos?

Una palabra me llevará hacia
el monte escarchado
Lenta pero impaciente
limpiará mi boca que apenas balbucirá tu nombre
con el temor de caer a los rápidos y espumas
cegadas.

Una palabra tomará la cornamenta
de un venado entablillado, hurtado,
quebrado en su doliente pecho

Una palabra sorberá mi sangre
desbocada,
la luz que hizo canción a mi aletazo

Y una palabra quedará metida entre tablones,
olas, sal pura y amagos de invierno
y mi alma goteará su sol ínfimo
en arenas que el sueño fabrica
Una palabra sorberá la efervescencia de mis belfos
sometiendo a llanto cuanto parpadee

mi día
mi correa je de furia
mi pie exangüe.

Bajaré a tu reposo,
luz amada,
luz pura.

He de rodar un día o una noche fresca
por las baldosas
que tu quieta lumbre
deslíe en rombos y cuajados nidos
de rosadales.

Beso tu voz,
luz,
luz de nuevo hechizada y eviterna
en un espejo frente a la turbia
vista
que el llanto frota y llora.

(Edp)

En una casa sola de aguas
sola de madres costumbres,
a un rincón de esos terrones
donde la brisa toma sus rencores,
la luz hizo sitio y vistió las piedras
calentó las arañas primerizas
en oleadas de perfumes corteses
allí durmió en el silencio,
quedó y gimió
igual que una pastora ciega.

Poema

Le ofrendo mi vida a mi muerte

Escasas hojas trae el verano
a los ojos de mi extraño sueño

Te exhalo, te exhalo y tiemblo en ti
como si tu sangre fuera
el último refugio de la mía

Tómame así en las brasas
del cuello que gira a un postrer reposo;
que sienta vivas quemaduras tuyas
amándome, ampollándome en una amorosa
dulcedumbre

Que sea tu centro
y mi última ceguera.

En púrpura

a Juan Sánchez Peláez

Detrás de estas ruinas
y árboles envejecidos por el sol del ocaso

hay una púrpura
imprudente
que empaña mis ojos

Todo el mar te comprende
púrpura extasiada
en la mancha del cielo

Cadáver inclinado de perfume.

Una puerta golpea

Quemada por el viento del silencio
una puerta golpea en mi memoria
Recuerdo que hay maderas rotas, tablones apilados,
una pared rugosa,
alambres claveteados por el sueño
y mi padre atravesando patios, conversando en un delirio
con mi madre enferma.

Recuerdo las aguas de un invierno que se llevó
la ropa tendida en el patio
y también la mirada de quien escribe a solas
con su sol oprimido en el pecho

Advierto que estoy hablando de una ferretería
donde mi vida transcurrió en silencio
atrapado a una red de metal
y a mostradores tristes
posados por las manos de inmigrantes chillones
alargados en su terco destino de morir
claveteando una mesa de fantasmas.

(en Edp “Quemado por el viento del silencio”)

Un aire

Un aire sin destino rodea mi casa,
hurga en la ropa sucia, ciega mi lecho
y su cordura,
alfombra el pensamiento del reloj de pared

El llueve incansable ensamblado a las tejas
y terrones que me ven renacer a cada rato
silbando un tango como una gota gris
en la pupila

Su voluntad desgarrar toda inocencia viva
que me hubiera quedado de tu pensamiento
y no puedo oponerme a la fiereza de sus aguas,
tan cerca de las venas
de un cervatillo abatido lejos de su casa
por la rojiza ceguera del sol
más sediento

Estoy lejos de la campiña
que pudiera salvarme.

(Edp “Un aire sin destino rodea mi casa”)

Ha sonado en el dintel de tu puerta
el sonajero del recordado láudano
de la salamandra prodigiosa

Las hojas este día
se revientan de aire,
del dulce aire
que cuidan las nodrizas de abejas

Y cantó en el naranjo de tu patio
un cucarachero que cayó de su nido

Cómo ha sido duro este tiempo de Abril,
trizando crucifijos
rasgando rosarios y candados
Todo como si el fósforo
abarcara el lodo de la noche.

¿Quién está en asfixias
Quién renace en las sombras
de un reloj muriente,
acabado y soñado en el patio
donde suelen encasquillar caballos
que dejaron valijas sudorosas
de sus amos muertos?

¿Quién mueve la mecedora
de esa casa vacía,
contemplándose en un espejo
que lo fragmenta y lo pregunta,
acariciándolo, lamiéndolo a escondidas?

Igual que un oboe

Para Adhely Rivero

Madera perdurable la que arde en el aire de los ojos
Toco el poder de un día en la memoria
y se mueve una silla en el silencio de un jardín
que da a un río de flores imantadas

Madera perdurable el dolor de saber que te ausentas
como el agua
por caminos oscuros, de hojas lacrimosas
y más dolores nuevos

Madera perdurable la casa que ocupaste
y abandonaste luego
igual que un oboe muerto sin cantar.

(en *Edp “Madera perdurable la que arde”*)

Si traes buenas noticias,
si no sabes nada de la guerra,
entra en esta casa,
háblame como mi madre hablaba a mi frente
desolada

Deja tus ojos dorados lantejuelos
en el fondo mío

Sosténme en tus brazos
y bésame
hasta que giremos bajo un día de sol y rocío

Si traes buenas noticias,
tu rayo de saliva amante me arrullará
en las sombras
de mi cuarto arañado
hasta que Dios encienda su pipa
de perfumada picadura

(Edp)

Trastorné las auroras, los silencios.
los cromos,
esta vida pegada a los ojos fijos de mi madre,
más allá de la espuma de los mares de ella
y sus tilos, sus gotas

Ella siempre mi madre
bienamada,
que me enseñó a olvidarla
en un suspiro.

Impromptu

*A mis hijas:
Raquel y Rebeca*

Debo morir en las esclusas
de mi casa,
flotando en sus naranjos secos
la mirada mía, exacta
puesta en las orquídeas
que dan gusto a los ojos

Paladares, sentidos, jardinería
de niños,
niebla sobre los muros jazmineros,
os beso
como un quejido más que un grillo
que en la noche
estremeciera
al fuego de corales

abrasado por todo perfume
recordado por las sienes queridas.

(en Edp “Debo morir en las esclusas”)

Lejos de aquí

Todo está en el corazón de tu desierto.

Lejanía

Todo acabó en un lagarto muerto

entre los adobes del traspatio

y cuando el cuerpo tomó las muletas para dar un paso

hacia el solar poblado de arenas, leños

quemados,

boquiabiertos,

ya existía tu vendaje, ya curaban tus ojos/

manchados por el sol,

Lejanía.

Pobre sitio que sangras en un huerto de rosas pálidas

absorto en la humareda de la casa ajena.

Y nostalgia y deseos de un collar profundo

de una pupila donde la sorpresa es el recuerdo

de un camino empedrado hacia un telar de sombras

Todo es cierto: han ganado la partida las ánimas

las piedras y el amor de propia Lejanía

(en Edp “Todo está en el corazón de tu desierto”)

Nunca tuve tu amor

Nunca tuve tu amor,
nunca lo tuve
y así naciendo fuimos a la Nada.

Por despeñados ojos y cascadas
cada uno cayó desde su altura.

Se fueron estos ojos al silencio
de una carne preciosa,
amaneciente,
sin perder por un rato sus despojos
del aire que nos vio desvanecientes.

Hoy me quiero mirar y ya te miro,
ojos, pestañas,
temblor de la cortina.

Terrón sin amo

a Livia

Cuando la última tierra sea un terrón sin amo,
la cola de un caballo tirado en el barro
por su dueño loco
y los candados vuelen de sus nidos,
mi alma habrá salido de las rosas
girando en vueltas y quimeras,
como un volatinero que escapara
del vértigo por un alambre roto
de una casa amarilla
donde tragó el polvo de la primera pesadumbre
y el primer amor.

(en Edp “Cuando la última tierra sea un terrón...”)

A la manera de Don Francisco de Quevedo

A mi hijo Sergio Leonardo

Ambigüo dolor que así
atiendes mi sueño bajo el mantel.

Salero de oro, llama clamando desde la escarlata
por alfileres vienes y denso es tu olor de madreperla

Lágrimas doy y arrojo a estos esclavos que besan
con sándalo mi vista
cegándome de ungüentos y pavos reales

Tiendo mi mano al capullo que no ha sido
y jamás besaré la frente de tanta delicia

Ojos doy y reclamo mi vista bajo la ventana
pero la llama escurre su sudario y me escupe,
indolente, viscoso
lamiendo la arena donde existo.

Lágrimas di una vida por perderla,
lágrimas hacen que estremezca la lengua sin salvarla

(en Edp “Ambiguo dolor que así...)

Hoy asisto al taller de mis huesos astillados
y nobles en su encanto.

He de llevarlos hasta su pura cuna.

Me ven salir de tabernas que no existen
en estas soledades que abrasan mis ojos
a la hora de un canto de chicharras

Si pudiera probarles que no hay lupanares
ni tripas de ganado asoleándose
en arenas que han trotado tanto sobre el viento
sagrado del norte

Si pudiera mostrarles mis dedos
sin trajín de caballos; libres de los nudos
que el tiempo arrincona en los huesos de las manos

Si pudiera probarles que voy claveteado por brujas
como una suela recogida al azar, entre el viento y la/
bruma;
que soy el paso de una puerta a un vacío hormiguero.

Puerto Cabello

Fondeadero

busco su rostro en tus ondas
y fijamente aguardo la aparición de una cabellera
con su risa oprimida en pañuelos salobres

Me acodo

aspiro el día y la tarde
acorralado todo este desvencijado paraíso
en colores astrales
por la espuma chapoteada hasta el cielo

Pero no regresan las burbujas amantes

La escena es igual

llevada por su fragancia de mar oxidado
y me retiro cabizbajo
soñando en labios pintados de arena
de agua cercana
lejana hasta apurar el dolor de una copa

sobre un mostrador ensalivado
Fondeadero
aguas dolientes
aguas turbias.

*"¿Angel pleno de gozo,
sabes lo que es la Angustia?"
Ch. Baudelaire*

Sobre el agua de peces tatuados por la palabra frágil
se levanta tu nombre

A corredores latonados, a pasadizos de arena corrediza
huele tu nombre

A balcones donde la brisa florece una blusa de colores
vivos puesta a secar hueles,
como un pescado expuesto al sol

A piratas que mordiendo la salada dulcedumbre
de la piedra lamida por el agua rosa,
jugaron la última partida de cartas, hueles,
puerto de sueño en llamas y acero podrido
en bisagras pegadas a tripas de maderas
claveteadas hasta el dolor,
puerto del sol, de la arena estrellada,
Puerto Cabello, hueles.

El apamate de flores serenas
se ha tendido en el río

Ya los pájaros de pupilas errantes
retornaron de sus trabajos hechiceros

Y la noche, cerrando la caja de colores
abre entonces
los jazmineros y los grillos

Tener una pulpería

Tener una pulpería de aquellas que alinderan
con una casa de paredes encaladas
roídas en invierno
por las aguas oblicuas
donde el sol revienta agridulce a la tarde
un murmullo de amarillos y secos alcoholes
de patios atravesados por gallinas que dan de comer
a su pollada
percibiéndose las voces de antiguos parroquianos
de eternos mercaderes de hilados y pieles
recostados a los sucios mostradores
mientras dejan flotar sus ojos insepultos
sobre armarios cargados de plátanos
llenos de carbón y aceite de palma
en cuyos rincones las arañas aploman su sudario
apresados por un olor materno
de pescado seco.

Señor: no quiero ver tu máquina de hacer rosadales
en estas sabanas que el viento traslada
a los corrales, a las sombras de la bosta y
el colibrí que cruza por los prados

Siento que mis dedos recorren tus campos
con ansias de lodo, de perfil de ranas

Pero no se trata de la nata que cubre mi costado
y que me asfixia

Se trata de tu nombre escrito por el sol
en la tarde amarilla
y en el grillo que sigue tu queja
de todo martirio

Todo fue dicho ayer cuando robando tu cuna
y sudario
te empapaste en la lluvia
lejos de tu madre girasol.

Sueñas rescoldos
la ventana de gemas
quisiera abrir para ti las líneas
de sus manos
Oyes como si el agua te meciera
eternamente
y tus ojos que estaban serenos
vienen a mancharse
más que el cielo.

Me nombras, me repites a ratos
que no estás en el agua,
lanzando los lagartos a su tic tac nervioso
tras las piedras

Oh joya de estos días, del mío,
de los fierros, del juego de niños,
como te escondes sin pudor
frente a las piedras
que no tienen memorias

Poema

a S.E.

Delicadamente te mueres
y en el morir cotidiano deliras.

No es que desesperes y gimas
por rosas que te arrebató la niebla,
no es que hayas andado en los silencios,
extraviando los trenes, los horarios;
pero tan delicada, purísima muerte
te ha de llevar al licor
que te retiene en una llamarada,
en un rescoldo.

Dios,
haz que el alma repose juntamente
con el ensueño de la tierra rojiza.

Dios eviterno, toda alma has trizado.

Fermosa ternura

Me quedo con la muerte gustando
los sapos en el patio; muerte que es la tuya
la mía en todos, caídas desde el cielo
lleno de su firme azul y nubes
de los cantores del aire y su tibio plumaje

Quedo aquí esperando el momento en que tu tren,
muerte, atraviese mi pecho y salga al espacio
donde la luz expira su consuelo

Quedo en la hoja desprendida y arrojada al lodo
del río que nos comprende en su lento pasar frente a la/
ventana
desde donde entendí tu fermosa ternura.

(en Edp “Me quedo con la muerte gustando...”)

Si pudiera tocar aquella almena
de mi mocedad;
si pudiera engañar
y volver los soldados
guijarros de una puerta;
escapar de un bazar
que despedía la cortina ámbar

Si lograra que mis manos
muriesen en maderas bruñidas;
si volviendo los ojos
hacia los pomarrosos
tu cabeza se vistiera
de estampas medievales,
Oh, amable lino húmedo
de nervios y espitas
soy yo quien reclama
tu mirada última.

Grisette

Me abarcaste los ojos en un peldaño triste,
ofrendándome un perdón;
más que un perdón, lozanía y lejanías de azahares
venidas de tu madre

Dijiste: "Mañana estarás conmigo en el paraíso"

Así morí a la espera de ver, tocar, oler,
respirar tan dulces dunas de tu crucifijo

Dejé mis ojos reposar en el estanque
de los muertos
Arrojé mi temor a las piedras que sangraban su liquen

Arrojé mi vestido a la corriente
donde soñé el cansancio de esperarte

Sin embargo, llamo a tus ojos,
me describo y me lloro en tu regazo
pero siempre me siento abandonado
a la última tierra.

Para nada

Tiro los naipes porque no he de jugar más.
Desmenuzo en la mesa de bálsamos sus figuras
tristes:

el rey lastimero que no cambia su manto volátil
la reyna liviana con su daga hundida en la espalda
(basta soplar sus numerosas heridas para que ruede
como una infeliz carpeta de hilo),
el caballo coronado de mofa o el As martirizado
en la marmita
junto al fogón de oro.

Cuántas horas pasaron y están aquí inmóviles,
sin vida, sin sangre, sin regreso a la mesa
del hogar

donde fueron laminados para que hirviésemos
en sus figuras de música antigua?

Para nada me atrae ese perfume de alcohol impío;
para nada llega a seducirme la seda que esconde
sus venas amarillas

Ellos han muerto impresos igual que las lápidas

acompañan en su mortecina quietud
a los que sueñan debajo de sus letras llenas de lluvia
Sólo tienen sentido las flores vivas
las hormigas y las abejas que rodean
esa flor estampada en el aire.

Patio

Dijo:

"es aburrido hacer el café todos los días
me aburro del alma
me fastidia su voz que no comprendo
Quiero marcharme pero sin posibilidad
de regresar
sin pasaje de vuelta
sin saber nada del solar
de la cama en sombras
de los trapos colgados a la cuerda
sin saber nada del patio nadando en humo
menos del perfume abierto del campanario
que se echa en la memoria
y muerde hasta humedecer el respiro".

Mi padre atiende a oscuras
sus pacientes muertos

Antes se desnuda en su lecho de enfermo,
bebe leche de vino
y cura sus llagas apestosas

Se levanta, cojea
toma su bastón de magnolias,
aspira su café que nunca bebe
y calza sus tirantes de plata

Da tres pasos a la sala
de quienes desean nevar brillo en sus pestañas
y enciende sus ojos locos de llanto

Mira uno a uno sus enfermos
y los besa en la nuca
hurtándole la luz de sus nervios

Éste es mi padre piedra
que jamás comprendió el abecedario.

Sergei Vasilievich Rachmaninov
(1873-1943)

Eres adagio o soplo de los visillos
fuego de colegial
llamado por una marcha que reclama tu entrada
a la “Isla de los Muertos”
llena siempre de golpes,
de compases atentos a un dolor estremecido;
invitaciones a una ventana desolada
donde tu mirada se perdía
sobre maderos quejumbrosos,
chapoteando en aguas cubiertas
por sedas y sudarios

Cantabile puro tus dedos
cuando descansan hurtándote al fuego
reflejado en un reloj de arena
en un látigo que ciega obstinado
tu cisterna de lágrimas
tu vocalisa.

Venecia II

De aquellos palacios nada recuerdo
Sólo que mentí por la luz de un yeso
entablillado,
de un resentimiento aflorado en lirios
que más tarde mi memoria retuvo

Nada se sabe Dios de aquellos días,
caminados por fiebres y doncellas
sitieras

Pero mi vida aguarda, siempre
aun cuando la luz de pronto... agonice.

(en Edp: “De aquellos palacios nada recuerdo...”)

Estación alemana

De la vieja Valencia

Mi cuerpo es parte de los trenes
la lluvia y los despojos
La luna blanca cubrió nuestros párpados
bajo la enredadera

Quién me acompaña ahora
si la maleza crece bañando rieles y señales
y ustedes no están como antes
llamándome a beber?

Esto queda del día: mi padre en la mesa
acodado en un tejido que respira
el corcho de su pecho,
su manchado papel recién lamido
por su pluma aguileña;
su mirada a entenderse con los gatos
más sonrosados del tejado
y una gota atropellada
en los ojos girando su antigua quemadura

Esto queda de la noche:
la sangre pertenencia
a la red de venas del cuerpo de mi padre
cubierta por cobijas gruesas para dar calor
a sus huesos ateridos

Y el lamento de un paso que tropieza, vive,
se levanta como un sueño,
como tender las manos a la sombra
y no poder tocar su polvoriento adagio

Todo es un clavecín que resuena escaleras arriba
tomando los naranjos, los azahares,
el martirio de uno más dolido que nadie
más suspiro y aliento: trazada que gira a un patio
lleno de guijarros.

(Edp)

Alcánzame ese pomo
que abre la puerta al patio donde yace
la avecilla del sueño
donde una carretilla mohosa
me toma el pulso cerca de los ladrillos apilados
y las argollas delatan que en sus cuerpos
gimieron bestias luego de cabalgar
toda la serranía que se divisa desde las piedras
olisqueadas por el aire fino de la tarde

Abreme puerta tus ojos moribundos
a ti llamo amada por madera y por seca
por tu vientre que cerró toda visita del hombre
con un fierro caliente, manchado,
tocado por la muerte

Llévame al aire madera escogida,
tómame, acúname este dolor que corre
hacia el riachuelo
besa los ojos que se postran en la pequeña
rosa que nace entre las rocas.

La cabra

Vi llegar el sol
a los ojos de la cabra miserable

Al comenzar el deshielo en su mirada,
de esos globos atentos al martirio
vi rodar boscajes atravesados por alambres
y un animal gemir en los traspatios

Contemplé huidas hacia arriba,
donde vive el aire más sereno,
bebiendo presurosa en una charca leve,
traída del cielo

La observé tendida olisqueando, anhelante
o trepando las piedras de su fuga

Por último la contemplé desde un monte sagrado
recibir a su amante,
donde juntos correataron caricias

Ya al final de sus ojos partidos de tanta niebla
y frío como acumularon, sorprendí
en la migaja de sal de su mirada,
despedir a su amor, con el acomodo de quien
entiende
que su desesperanza
le hará compañía todos los días.

A la sepulta

Una pulpería de camino es bellamente asombrosa
para recordar tu soledad madre mía
allá en tus huesos que se pulverizan
después que se han desplomado tantos soles
tantos inviernos
y lunas misericordiosas sobre ti
junto a otros muertos que
como tú
recordarán estos caminos fugitivos de Abril

Y al calor de un cortante azul
respiro en la humareda
brotada de las hojas incendiadas
tu transparente mirada angustiosa

Serás siempre
boca arriba en tu tierra rojiza
madre de este silencio que va conmigo
el que no termina de querellarse

con el vasto silencio
adonde te arrastró
el más hondo y pasmoso de los sueños.

(Edp)

Relincho

Inflamado en rojo
un poema se asoma a mi nariz
(y suena tan ausente ese caballo
en el patio cargado de magnolias
que hacen compañía a los ladrillos solos,
lamidos un tiempo por suelas de vals)

De momento me parece percibir que el caballo
del sueño
posa sus belfos y el poema en mi rostro muerto,
resoplando con fuerza para darme vida

Luego la bestia huele mis despojos,
lame amorosa estos ojos cubiertos de polvo,
fijados firmemente a las cañas del techo
cuando fueron alcanzados por un quejido
de belleza
escapado del vientre de una araña
que abandonó un instante su telar
para reír a solas con su sombra

Pasa el tiempo, el caballo se marcha,
cansado de volver sobre su insistencia de
vivirme otra vez

Pasa el tiempo todo, todo se va llenando de
hojas secas
de caballos de paso manchados por mi sangre
que vienen y lamen finalmente lo irreparable

Ya se ensombrece la estancia: ida y regreso no/
tienen sentido

Al final me cubre la sombra de un relincho
que me deja tendido con ternura
en la mesa de centro.

Cargados de sándalo

Si el sueño bebe suyo,
su lampadario en hojas quemadas,
entre incensarios roídos
gracias a un fulgor de rosas horrorosas
pavoneando en azules osamentas

Si por fangosas calles ruedan
mis muñones
adoradme brillante luz
de los cayados y el dolor

Otros perros otearán tu silencio;
no aquellos que creíste
cargados de sándalo

Todo está en la especial noticia
de esta lluvia
sudada en los corrales
donde queja el viento

llamada por las piedras del cielo
a un cabrito que empieza a deshacerse

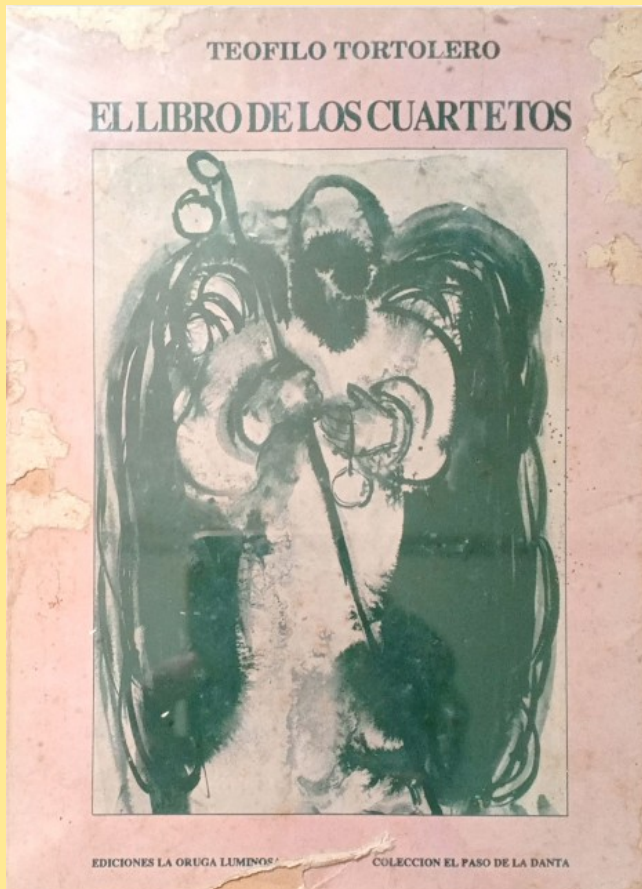
No iré madre a esa
sepultura de mi padre
cargada de tinta, de ferretería
y abestina.

Madre,
no me pidas resortes; relojes,
retratos de tu enfermo pecho

Estás muerta como él,
y yo seguiré en procesión
de huesos diligentes.

Madre,
tu nombre es mar
y no te olvido,
así como no olvido
a los cabritos que guardaban
tu rosario.

El libro de los cuartetos (1994)



I Del Libro de los Cuartetos

Por noviembre pasaron aguas rotas
Allí su alma era el baldío de piedra irisada
Donde el mar cortaba un arroyuelo
Perdura aquella tonada y duele.

(Edp)

A medio morir flacos sueños buscan en la ropa sucia
Los fantasmas caseros
Mi nuca arde
La manada del viento me arrastra a tus tapices

(Edp)

Te imagino con los ojos que bebían del follaje
De pie en la playa infinita
Agata o Lou Eternella era tu nombre
Pesadumbre.

(Edp)

Tu sangre está tan viva que cruza mis patios
Sangrando ella misma escarbando su caída
Todas sus gotas lascivas hambrientas
Humedecen el pensamiento de mi lecho.

(en Edp cambia a “Su sangre...”)

En sueños me mostraba el camino del dulce viento
Eché mi red a la porosa quemadura
Pero su pecho no subió a la mañana
Apenas sangrantes pastizales asedian mis ojos.

Donde se halla la ramazón alta trasegando la noche
Y las espigas del aire tus ojos
Gaviotas fuera de este mundo
Un fado una cantiga punzante nos acercaba.

Cuando habites tu propio centro
De perfil contra el aire de la ventana
Ya tus manos no extrañarán el frío
De la flor de lis.

Apenas leo en tus manos opios y solsticios
Fresca es la noche en que te nombro
Te siento a pedazos eres templo a pedazos
Vas pudriéndote en mi paraíso.

Susurran las hojas la tarde cae desteñida a mi mesa
He sentido latirme apresuradamente
Casi un nuevo ciego me habita
Alguien barre los ojos que un día tu escanciaste.

Lejanías, cinabrios vienen en un momento a revelarse
Una casa da vueltas en las sombras de sus corredores
Desde la silla su cuerpo profundo murmulla
¿Quién tiene tiempo ... quién solloza?

Tu sol, tu rostro ya sobrevuelan los secanos
No se une más la sangre en el torrente de resinas
Pero tu clamor enciende en los días que el humo dispersa
La quimera de alguna cigarra.

CANCION

Los apamates de flores serenas
se han tendido en el río
Regresan de sus desmesurados espacios de amor
pájaros eternos
aturdidos al fin de tantos cielos
Ahora la noche
que ha cerrado el gran libro de láminas
abre los jazmineros y los grillos.

En el inmenso nombre de los arcoiris
Llevando vino en los ojos
Octubre
Tu vieja sangre parpadea.

En los galpones hundidos de memoria un alma/
está bebiendo
Verdor tan antiguo reconozco su cráneo enjoyado
Aquel pecho teñido de flores
Que su amor desovaba.

II De la Campana Desierta

RIBERA 1

Cuajo como una bestia el sol y el no ser
de esta agonía
y me arrincono a un sueño como un
remordimiento
como estar frente al simple dios de la nostalgia

De lleno diría que me siento agosto,
oloroso a un orégano guardado por mi madre
en los rincones de alguna pared medianera

Pero no siento nada para mí, allá o lejos
más que una caravana de soldados muertos.

24-1-90

RIBERA 2

Te acompañan los cristos -siempre los cristos-
los besos de las meretrices; te acompaña el sándalo
la mirra y el incienso

Te atrae el dolor de los gatos cuando chillan
sus adagios, su no ser, su costumbre de
maltratarse en los tejados,
siempre por un amor, por una pelambre de ojos grises
por una garra que se gasta en amar y reventarse
igual que una estrella, igual que una avecilla
mal nacida.

24-1-90

Los ojos de mi vida no entendieron tanto
horror
como atraen las abejas a las vendas de los faraones
y estamos solos en la duna blanca
y en las higueras que dieron claridad a los campos
a la simiente de néctar y destreza

Nadie nació aquí para perseguir con su derecho
al cielo;
nadie está en los estambres ni en las copas
trasegadas con una claridad de telaraña

Oh, madre,
Algún día te desatarás de mí, huyendo
de la veste donde yaces envuelta
como el polvo de un clavicordio inválido.

24-1-90

Tomas en letargo tu bufanda
y sonríes igual que un árbol
de recordado amor y cicatrices

¿Recuerdas aquella casa al dorso de la esquina pura,
sus puertas retozando a la nostalgia de la lluvia?

Todo se prende al final de una sábana mojada con tu
sangre
y la cabellera negra
derramada frente al espejo: toda una vida/
sosegada en las
mejillas.

Se cuelgan los jardines de los árboles
en una tarde lenta que roza la campana
el atrio, el rosedal

Nos miramos en los cristales
de un pasado en neblinas, vahos y dehesas

Sacudidos por el mismo pavor de estar
frente a los ojos de Ella;
surcados por su terciopelo y púrpura imantados
regresamos a la misma sala,
al hospicio de su plazoleta
abordando el tranvía que penetró la infancia
desde un poste roto.

Ganar la colina de humo
donde mi madre vistió este cuerpo huérfano
con sus geranios,
no era el propósito del sueño y
el desafío de los ojos llenos de fiebres,
cordajes, silbatos, hojarasca de un día

Ganar un Dios
bajo este mundo
tampoco me importaba
Mi anhelo, la música de mis entrañas
era tomar tus sábanas
llenas de menstrosos
y volver a tu falda plisada
en el iris de un vaso,
hincado desde ti,
en ti, fuera de ti,
doquiera tu decisión me arrojara
a tu placenta de regreso.

A pastos embravecidos me has llevado

A colinas en llamas donde flamean gorgonas
azules,
me has llevado

En mares quejumbrosos
latigueados por vientos y santos óleos
me has hundido,
sofocando el ardor de mi garganta
que gritaba deseo

A tejados de violentos colores
y huidizos pájaros, lloviznados por gatos
y risas del dolor; echados sobre panaderías
amanecientes en la nube rosa y gris,
has expuesto mi nariz,
sedienta del anís del mundo

Me arrojaste al nido de las cobras
en cestos tejidos de marfil
y trepado a lomos de burros cargados de hollín

Oh, alcohol, capitán del Café desordenado
y de la mesa amada, forrada en su plástico
barato de posada,
trazas cada día un mapa y una cristalería para mí;
separas tu cortina con mano temblorosa
para ver los peldaños de cada campanada,
tu voz fragante y sombría sonámbula.

No tiene la vida otro paraíso
sino aves que regresan de sus propios silencios

Estrellados silencios y perfiles
donde toma nombre el viento
cadencioso atento a la mar

Pero la mar sin sangre no se conoce viva
y por ello rehuyó la condena de ser virgen
entregando sus tetas a las nieblas

Oh, mares Oh, nieblas
donde viven aves silencios y espacios turbulentos
deseo clavar la frente
en vuestras playas y arenas rumorosas
y que un instante me reciba el aire
de la espuma soleada.

¿Adónde irá la Soledad?

¿Se oscurecerán tus fauces maltratadas
por la lluvia incesante,
roedora del aire
y del azahar de los caminos?

¿A dónde irás tú, soledad,
amiga que escondió sus alambres
en el viejo postigo?

¿Qué te quieres hacer, soledad,
amorosa y caliente
amiga de las tabernas?

¿A dónde deseas volver retrato viejo?
que tu lágrima no me aguarde
agazapada
como un ángel de cartón
destronado

Que trata de la noche más salobre
y su cuento de bar
allá en la mesa

Yo miraba tus zócalos azules,
imaginando el deseo
de regresar a la casa de oro
de tu matriz;
pensaba en los niños que regresaban
a la hora de tantos desiertos
y al encanto donde tu vida se escurría
con toda ternura

Ya para terminar este viaje
recuerdo así como una tonada
traída por el viento
recuerdo el ángel de plata
de tu armario.

ESCALERAS ARRIBA

De tres zancadas ya estoy en el bar
Acompañando a mi dolor lo trepo al sucio taburete
y ordeno en silencio

La recuerdo
y no paro de beber hasta que su cabeza roja
me llama desde el espejo
donde aparece cada vez que cierro los ojos

Lluvias, soledades, troncos secos
tardes amarillas quemadas por el sol
de una despedida,
sólo así llegué a comprender
en un trueno o en el martirizado cordaje
de una guitarra
tu vida, campana desierta.

Aturde el día el peso de mi viaje
por la playa del ángel esclavo
Ángel a quien soñé en pedazos de camisa manchada
ángel cuya posada terminó caída en la espesura
frente al grito de su exilio, frente a sus ojos claros

Aturde el día y la cigarra alimenta su lanza
en el ardor del aire ciego,
mientras el sol se desliza huyendo de sus hijos
dormidos

Bienaventurado sea el ángel a pesar de su martirio
y de las arenas que arrojaron en sus ojos
para que su ensueño no viviese
y sus brazos cayeran abatidos
en las rocas bermejas

MAÑANA LLORARE

Mañana lloraré y veré la neblina de tu pecho
a través de los visillos que cubren mi ventana

Es cierto que mañana lloraré por un trago dorado
en un cáliz de hostias temblorosas

Todo el veneno que cabe en un hilillo
de sangre en la mirada,
las barcazas detenidas lamiendo el sol
que desliza su vagido en la espuma;
los velos de pedruzcos y ventarrones para tomar
la esencia de peces voladores,
mañana lloraré.

Un jaguar lame el llanto que borbotea su rostro
al restregar su frente en los espejos del recuerdo

Lo sé, tiara de un sueño en sándalo,
mañana lloraré.

III Otros poemas

TREN DE LA SED

Cada día un tren atraviesa mi cuerpo

No sé que destino lleva,
pero distingo en sus salones damas y atentos caballeros
que degustan licores, té, chocolate o vino
y regaron sus cuerpos de esencias

Entiendo que charlan sobre cosas triviales
pero siempre se refieren a mí
con insistencia

Es entonces cuando el tren suena su silbato
y mis ojos se humedecen de estar mirándolos sin/
que ellos
puedan verme
y no poder hablar breve con estos personajes

Ese tren hace brechas,
me ahoga y destiñe

pero guiña sus rojos sobre mi hojarasca; invitándome
en tanto un camarero a su abordaje
en una estación abandonada

Esquivo tanta cortesía de los tripulantes
y me aferro al dolor de la vida, al color suyo,
tan hipnótica y llena de niebla, avecillas y espuma
que dejan la cubierta de mi barco
con su salobre estancia por último pido que el/
próximo andén
me acoja para tomar un tren tan cierto, inconfundible,
ya soñado mi cuerpo como el venidero

NOUS

Nos amamos como el dios más sereno

Nos deseamos como el dios más triste

Nuestras vidas corren por hechizados filtros de amor
a la tarde que trae y deja espumas
en las oquedades de la playa

Somos cuerpos amantes, somos hojas del agua,/
orquídeas,
pensamientos; casas sacadas de sus huesos;
amigos de una hormiga que vendió su alma
a la quimera

Somos una estrella gritada por un gallo de oro
en un paño de amor,
esbelta, domus aurea; perdón de los rencores

Somos dios de un furtivo amor que no tiene mejilla
pero se ausculta en sangre
in sua vera sangüe.

ADAGIO EN UNA CALLE SOLA

A Roger Capella

Fallecieron los dueños de los revólveres
Fallecieron los amos de los muertos
Todo se fue quedando en un adagio tocado en/
una calle sola

Pero la polvareda persistía en el aire
como si caballos de ángeles hubiesen descendido
de la mano encendida de dios

Las estrellas cayeron en silencio sobre las casas
vacías de esperanzas

La soledad llenó los techos, la pelambre de la/
cuadra desierta

Sólo soy testigo de un fantasma que besó los belfos
de un caballo moribundo
y de una novia que se desprendió de un almanaque.

UNA OQUEDAD BASTABA

Una oquedad bastaba
y la penumbra llevaba nuestras lenguas a besarse,
en tanto yo sentía tus labios extinguirse en los míos

Majestad mía, golondrina que cruzó mi patio
para quedarse en pura llama blanca,
en mi sudario.

EN EL CIELO ROJO

Preparo para ti un verano helado,
una fiesta de hojas
en el cielo rojo

La gloria preparo para ti,
tierra en gracia, mujer de la ensenada;
río, ovario,
canción de las iglesias fabricadas
al lado de plazas desiertas,
más allá del solar donde una carretilla mohosa
fue guardada
por sus amos muertos.

LA VIDA ES SUEÑO

A Vicente Gerbasi

Al salir al patio
vi en los periódicos apilados y amarillos
vi en el vuelo de palomas
sedientas de aire y terrenos frescos;
vi en el correr presuroso del aire
y el azul que le cortejaba,
respirando naranjos, siempre ellos;
contempléme hecho trizas en los espejos
de los charcos, y bachacos apilados
llevando el sustento de una próxima jornada;
te vi, sueño, Vida que se amontona
en leños, maderas, pedruscos,
y flotando, enseñoreándose de las hojas y botellas
caídas hasta jamás.

Pero al fin no vi más que un sueño
volátil y ocre,
pleno de un amargo que llaga la boca.

Envanecido

preso en tu latido inconfundible
pero culpable
por tantos días que pasaron a través de ti
sin llenar una línea de pasmo
sin trazar tu llama agonizante en tierra
te sentabas frente a la nodriza de la tarde
y así que tus ojos se encendían
en el aire que arrastraba jazmines y azahares
después de haber palidecido entre rojas barrancas
la quietud la indolencia te oprimían
y preferías estar así a la sombra de tu sombra
como un hombre muriente y vacío
que poco a poco va llenándose
del último polvo de un poema.

MAR 11

Mar de 11 de enero
con brisa que aturde y reverbera
olas tejidas, olas espumantes
como los corazones que las veían

Tu y yo trajimos la arena a
las narices
nos frotamos el verde, la pátina, la rosa,
nos besamos de siempre,
desde antiguo

Luego nos marchamos, a sabiendas
que regresaremos al taller del mar
en un fulgor,
en un madero que flota su carne.

Tengo un patio lleno de guijarros
con un gallo enfermo de mi misma sangre.
La soledad que recorre su cresta y sus alas
hace que me anochezca y convierta
en lodo del sagrario, en hostia inútil e idiota
de la que jamás mana sangre de dios alguno.

Gallo hundido en su propia ruina de saliva y martirio,
ninguna ventura llegará a tu cabeza;
te quedarás venerando tu ruina con todo cuidado
dando ebrios picotazos y repitiendo el canto
de tu enfermo corpusanto.

NUESTROS DÍAS

Nuestros días no eran felices
tampoco cabían en la medida
de la infelicidad
Eran veranos de vientos zigzagueantes
con llamas y llagas en la boca

A veces al mirar los cielos
creíamos ver en ellos reflejada
la peladura de la tierra

Pero jamás en esos días de polvo
donde el alma se sobresaltaba
resguardando del viento
sus grandes ojeras
jamás entre tales despojos
y charcos de silencio
vino la desesperanza a llevarse
nuestro desafinado corazón.

MARZO

A Vicente Gerbasi

El alma desfallece
aquí
en marzo

Humos señeros, grietas,
espigas chamuscadas bajo rojo
arrebatan mi ser
hasta el aire y los tumbos de un viejo delirio

Desfallecer es el único tesoro de este día
y apenas puedo
marzo
nombrarte y agonizar también
a la vera de un seco camino.

(Edp)

EL VIAJE (Il viaggio)

Dábase a oír en las cigarras
un hondo tren que con la noche
lo circuía entre sus ecos
De los vagones la densa tiniebla
velaba el rostro ya difuso
de los viajeros muertos
Nada sabía de los rieles del aire
ni del tabletear con que los hierros
borraban en el humo
los puertos del dolido itinerario
miró tras la ventana
en la confusa sonaja de los élitros
y supo que iba a bordo
frontando la última morada
sobre paisajes ya desiertos.
Quiso decir adiós y no hubo tiempo

Un poco de agonía hace una casa
pero un llanto no hace una quimera
Sólo los ojos valen hasta el destierro
de las madres que partieron
sin que sus hijos las vieses
en sus postreros y locos viajes
a la tierra de nadie

La dulcedumbre de mi madre es tanta
que todavía
no consigo acompañarla
en su retrato.

DAROS

A Livia T.

Mejor fuera tener la breve vida
donde una dulce muerte me aguardara
con ventiscas y anhelados rebaños
retuviera.

Amable estar de vos en las campanas,
señora de ojos tan dorados
como fuera a la abeja daros fuerza
y librar de la vida el apresarme

Ya no siento en las venas poca sangre
y ni pesa daros de la mía,
ángel mustio de amor
qué fuerza extraña
me hizo brotar en tanta pesadumbre

Niños de los presagios y ojos puros,
azules con revuelos de castaños,
cómo anhela mi vista esa mirada
donde un infante amable despedía

Ya no amo amor tanta cobarde sombra
si a mis pies, que terminan su llanto,
el sueño allega una hoja, un candado bruñido
que a mis pesares sólo dan quebranto.

Esto queda del día:

Chilló un ave en el naranjo,
se hizo un nido y otras aves chillaron

Se vació el nido, se hizo nube, quimera
testigo de plumajes

Voló el aire
con el nido quemado por el viento

Otro nido se hizo más tarde
y aves locas entraron y salieron
del naranjo

Quedó entonces el sentimiento, la opresión
de lo perdido y lo hallado
en un nido cargado de sangre y vaciado
de plumas

Quedó el patio, el naranjo y el sol
deslizándose sus patas por el corredor
y el patio de humildes ladrillos.

El año termina en cansancio:
Me siento envejecer y padecer
como los animales antiguos del planeta.
Mi paso es lento y torpe,
tropiezo y caigo igual que un lagarto de plomo
cubierto de espinas que hieren hacia adentro

Pero en mi lenta marcha
escarchada por el aire fiero
aun tengo deseos de besar la tierra
y untar mis lágrimas de luz fogata
de luz ceniza y piedra del día
de llevar mis pasos al mar
que lava todo engaño y toda manía triste.

GUIARRA DE CUELLO AZUL

El alma que me lleva por el bajo mundo
es la suya

Bajo y perro mundo son parecidos pero no semejantes

Bajo y guitarra apenas tienen en común las cuerdas

Nuestra preocupación no es el bajo. Sólo nos abrazamos
a la guitarra de cuello azul

donde nuestras manos igual que arañas perfectas y/
amantes

sacan luciérnagas

pan y vino

RETAMA AL ANGELUS

A Ludovico Silva

Estos patios clavados en pátina
ya no me dicen nada
sólo están la osamenta y el viento
y el aborto azul de sábanas y cristos

No entiendo tanta carne repartida en madera
en cementerios huecos de estar carcomidos de maraña
de arañas temblorosas donde yace la paz durmiendo

Apenas despierto y mis ojos recuerdan pirañas
ávidas lentejuelas de la sangre

Aguas terribles apresaron mis ojos
al primer vagido que parió mi enferma

Otro perfume vendrá a rescatarme
pero como la retama en sus quebradas
donde bajan las cabras a triscar en deshielo
un ángel sonreirá por mi costado.
Un puñado de ángeles.

Alégrame la vida
Tú
ángel de pestañas cristalinas

Oh ángel de música
que dentro de mis venas
tu canción tocas
de instante en instante
sólo cuenta en mis pulsos
el temblor de tus alas.

Oh ángel de música
alégrame la vida
besa mis labios
con tu hondo y mágico perfume.

Que no me abandone tu canción
ni esa fresca risa
que acompaña tu vida
la mía.

MI MAMÁ ANDREA

De tanto oír hablar de mi mamá Andrea
me gustaría atravesar los cristales de su ventana
pero no tengo retrato suyo que me la recuerde
para identificarla si la viera venir a mi encuentro

Ella no es aparecida en mi garganta en estos días
pues desde niño la vi en mi lengua
en un patio cargado de rosas y azulejos

Parece que mi mamá Andrea,
esquiva y triste
no quiere saber nada de nosotros;
ella más bien -supongo- se va al fondo de una tienda
donde venden corsés y pañuelos de seda

Supongo que a mi mamá Andrea,
tan llena de bucles y pasadizos de madera
le agrada más estar repartiendo sonrisas forzadas
y tazas de café.

SHEHEREZADE

Cuando la tierra oscura
se parece a la vida
(que lleva en su vientre)
una pasión extraña se esconde
en las rosas,
mantenidas con sol
en la memoria de las noches,
veladas por ángeles,
por cascadas y dulces volatineros,
equilibristas de colores, de címbalos;
llegando voces de otra estancia
donde estás tú soñándome
como la alfombra que mentía Sheherezade
para salvarnos.

OLGA GARCIA

Todo nomás me tendí todo
en el bar de la señora Olga García,
en el cruce de la Avenida Novena con la
calle Séptima
y en mirando tanta soledad de puertas
y caballos que seguramente piafaron
en estos portales,
antiguo,
antiguo,
señora que expende vicio de bebida bajo
la matrícula N° 19,
soñé en los techos que se encontraban
con sus tejas apegadas al mismo dolor

Pensando señora de tanta tristeza
y amables dones
en sus días aniñados;
tolerando señora todo este sentimiento
de una pared blanca

a que mis ojos se acostumbran luego que el sol
desliza
en sus miradas y las mías,
querida, dolorida amiga,
no tengo para usted sino devolver su esquina
donde nos escondemos a llorarnos.

QUE UNA MADRE ARROPA

Me sacrifica esta avidez
que es de noches y conchas sagradas,
carapachos que una madre arropa con desvelo,
antes de ir a la hornilla
de un ojo reluciente

Los mosquiteros rondan este cuarto
como ángeles que turnaran sus despojos
para ofrendas en crucifixión;
en dioses trébedes,
alfeizados,
llenos de sus mastrantos y pomelos

Un poncho me delira
en estas tardes y un río.

Pavana, recuerdo;
sudario
donde no se inventan palabras ni pobreza
jamás trizadas
en una chirimía.

PAVANA

Me sacrifica esta avidez
que es de noches y conchas sagradas,
carapachos que una madre arropa con desvelo,
antes de ir al fuego de un ojo reluciente

Los mosquiteros rondan estos cuartos
como ángeles que turnaran sus despojos
para ofrendas en crucifijos,
dioses de su penas,
alfeizados, ahitos de retamas

Pavana:
recuerdo, sudario
donde no se inventan palabras ni pobreza

Termina en mí tu sombra,
caracola.

(Variación del poema anterior)

AMADA EN GRIS

Recuerdo la señora que llevaba el paraguas
soportando sus pasos bajo el sol de mayo

Amada mía en gris y claroscuros,
tú mi amada de ojos lentos al atardecer
y temibles perfumes al exhalar su efluvio
el topacio de noche

Tú, mi ausente del vino que se muestra a mi lengua
y gotea su voz sobre un plato dorado

Tú, amada en el gusto de estar sentada
en mi comedor,
a ti llamo, señora sola,
toco el perfil de un ramo desbocado en sus hijos
y me imploro como un ángel cualquiera
que deseara establecer sus huesos
para mentirse un tanto,
sin ser alto ni bajo,
pero aguardando un beso polvoriento
que lo conduzca
al transparente aletazo de un ave.

MI PADRE

Tan ofensiva fuese de sus ojos
como oyera sangrar aquella espita
y el ángel de los lentes comprendiera
que esta noche de noche no está escrita

Mi padre vino a esta solemnidad
que llaman vida
por sus pasos radiosos y mentiras

Él como yo volverá a su retorno por quetzales
por piedras amaranto del camino

Y él se irá conmigo
por dulces y vestigios
de amor sino.

POEMA DEL CONDENADO

Aborrezco esta condena
de galopar sin tregua
pues a veces mi cansancio supera el de la bestia
o se unen ambos en un consuelo inútil

Hubiese preferido la trayectoria de la bala
alojada en la nuca.

REVERIE

Tomé el ensueño
por su cuello enjoyado

Desovaba el ensueño su memoria
esa tarde
bajo el temblor de los pinos
que ascienden silenciosos
en sus venas rugosas
hacia "La Peña"

Besé todas las cosas sin tocarlas:
el aire, las florcitas de pascuas
y otras que llaman "taras";
sorprendí a los lagartos correr a sus rumores

Y jadearon mis ojos de tantas quemaduras,
hechizados por una pastorela.

RESEDA

Vi luces mortecinas en los canales en los ojos
Me acostumbré a entrar en landas sin sonido
A esa arboladura que chapotea en el remordimiento
En fin aguas fangosas y cerradas de la muerte
y un ángel mentiroso estaba presto
Para beber de mis temblores
Volándome a la copa de la pesadumbre
En esa fiesta de la nada perdí bellas horas
A las que dije adiós sin mirar
Igual que un paciente entretenido en larvas
Solamente en gusanos que cruzan
Una carne tan bulliciosa tan radiante
Que jamás será lícito llevar a casa para llorarla
Que jamás será justo tener en los brazos
Sin respirarla en su efluvio
De estrujante reseda.

No pretender poemas eternos
Escribir en la tierra,
bajando la bóveda de versos
igual que los mansos becerros

Ahuecada el alma para los girasoles
se sabrá que en la boca está el polvo anhelante
que en las rayas de tus manos
pueden también adivinarse
las sagradas estaciones del sol

Dejar que tu corazón hormiguero
venga a lamer la lluvia
entrada la noche.

HOLANDA

Holanda calma esta dolorosa sed de ti
holanda en vapores de la boca
vientre al sol.

Holanda ángeles y tulipanes dicen tu nombre
sagrado nombre al atardecer en los
embarcaderos
cuando una gota escapa de los ojos

Hollín holanda dando vueltas al mar tuyo
Frío
un organillo en la avenida

Melancolía holanda mi prima bizca

Las fogatas se encienden en mi pieza
Al fin te reconozco madera olorosa

Tú
garfios de acero caminos de agua.

TIO NESTOR

Con frecuencia te veo en sueños resucitado
Traes tus carnes fulgurantes
pero se advierte
que has visitado al ensamblador de cuerpos

Lo sé porque llevas pequeñas cicatrices,
puntos de soldadura al borde de los ojos
y cuando ríes un trazo en las comisuras
que tratas de disimular

Si vienes de humor charlamos entonces
me preguntas por los familiares y amigos vivos
repitiendo siempre que no hubieras podido soportar
el estar siempre muerto

A mi vez yo pregunto ante tu pavor a la muerte total
qué ocurre adonde fue tu postrer hospedaje

Tú respondes desde los ojos resucitados
respondes que no deseas volver
a una tan completa sombra.

DIA A DIA

Día tras día
acerco mis pasos
a un bar furtivo
que enciende la mirada de un niño,
casi ángel,
de cuyas entrañas luminosas
viene toda queja,
todo dolor ajeno o propio
que se describe y llora.

PESTAÑAS FUISTEIS

A V.A.

Estoy soñando: sueño en el árbol,
en la espera, en el veneno
(amable vivir desde un licor desesperado)

La pasión de tu carne me ronda
como una ventana, una esquina
de dulces aposentos,
pero no tengo nada como el alimento
que inventa mi frágil memoria

Nada me pertenece en verdad
como no sea la hoja que no brilló
para estos ojos
o la cama dorada donde acunó la brisa
su flor amarilla

Nada tengo como no sea una melodía ardiente
en su caer al último rescoldo

hasta el postrer beso en la espalda bienamada

Pestañas fuisteis
curvándose en ojeras desdeñadas por el viento
a través de glaciares y silencios

Amada, os invoco entre lluvias de octubre y/
noviembre
madre del color furtivo de mi llanto.

CARMEN WONG

A J. M. Villarroel París

Deseo biengastar un sueño tuyo

Amigo de charlas, voces, cafés,
de cervezas, recuerdos y vocablos
cuando la tarde agonizaba en ventanales
sobre los ojos de Carmen Wong,
recordándote siempre
para toda mi edad

Tú, mi transparente amigo.

Eres una momia que busca su sudario
y desligas tus vendas en procura
de otro sacrificio. Te pareces al viento
obstinado y lamentoso
cuando retuerces tus canas llenas de abejas
y deseas revivir tu infancia ausente

Amor: que no seas dios o nadie, estancia
de otros días de fiebre de pájaros;
que ninguno sepa de nosotros

Sueños de estar sobre la tumba de una avecilla
diurna o nocturna. Pero es bien sabido
que estos seres callan su canción sin tragedia
y sin lágrimas,
como un sol, como una llama o una confianza
en su pesadumbre

Tomo tus manos al azar y no estás presente
en las líneas del dolor o de la última instancia.
Persisto en tus manos, única referencia
para mi anhelo de entrar al jardín donde supongo
te deslíes en la niebla o en la fatiga de mis ojos

Al punto que se refiere un hombre puro
es a su infancia
la que descubre más tarde,
cuando no hay tiempo para grabados tiernos
o ternezas que le escardó su madre
(o su padre, tal vez?)
cuando se rompía un río
que refrescaba su garganta,
gorjeándole en trinos de mañana,
frente a una cascada de puros lirios

Al punto referido del ser, al reloj,
a la hora de estar reunidos ante crucifijos
e imágenes de Jesús todo hecho corazón

Allí termina, allí comienza algo,
alguien sorbe el asiento de una taza de café,
llorado y ciego.

Pertenezco a ti como tú a mí
Nuestras sandalias sirven
al mismo propósito
de caminar en tierra
o pasto recién hecho

Me amas como amaba tu padre
tu melena parda

Te amo igual que las aguas
besan sus cabeceras
donde nace la ondina

No me desprecies
Ámame, a la tarde
o en la llaga que tiene
la exacta quemadura.

Estoy metido hasta el cuello del cielo
Ya ninguna gaviota podrá sacarme de allí
Ojos rotos, marinos, los míos,
huyendo de una turba de pájaros lácteos

Madre virgen mostaza, mi madre pielroja
déjame estar así,
enseñando la piel, el polen, el silencio
que caben en una copa de vino
de vals.

Mujer niña calcada o muerta
sobre una llama azul
no escondas tus ojos y conviértas
en lluvia
lo que no es más que una ola
entrando por los visillos
tomada de la misma mano por su espuma
seca.

Adiós te dije ayer y te fuiste volando

No me imploras nada.

Ingenuo
claro dolor
a espigas te pareces
en tus tablones claros

Con olor de madera me consuelas
con olor de sarrapia has perseguido
mis perros carcomidos por sus sueños

Oh dolor,
tan extraño como una noche muerta
en sus latidos
allega a estos ojos la estrella de las súplicas,
trae otra vida que aguarda soñarse
en misterios y rocas,
de un mar que va vestido en pesadumbre

Ingenuo dolor de mi caída
algún oboe hizo la angustia de amarte
en estos leños
que acaban de consumirse aquí
frente a tu cabellera.

LA LUZ APAGA Y DUERME

El milagro ardiente de mis labios
fue conocer el caldo de tu sexo
en vitrales y estambres
de tu propia nacencia

Cada quien ama su amor y semejanza,
su hermano, el enemigo triste
que rehuye sus ojos a la primera bocanada,
al último traspiés que se lleva el viento
de la calle,
regando los periódicos viejos,
las flores que nadie aspiró para nada,
ni allá en su fosa apretará consigo

Este recuerdo se apaga y recuesta en mi costado
como en el costado de un abrigo
la luz apaga y duerme
hasta otro día.

Si un alma te golpea como una alondra
se llama descuidada
si tu alma se estropea con los inviernos
puedes estar seguro que vivirás
en aguas bajo azucenas
bajo rosas
reclamando un espacio que tiene la tierra
por estos telares
en sueños.

Alguien llamó a tus llantos
tocó insistentemente
y apenas fue atendido por arañas
y el sueño que aturde.

EL REY

Le dije al tragaespadas que por ese camino no/
llegaría a ver
la próxima pascua
se lo dije seriamente, después de la función
en que me había desmayado
él pareció sorprendido de mis palabras
y lleno de sozobra miró a lo lejos
yo le hablé largo de mi profesión de buhonero
menos peligrosa
con apuro también le mostré la belleza de la vida
le hice ver que la espada que usaba
podría tal vez dar un corte imprudente
como él seguía mirando a lo lejos
desesperado le hablé de sus hijos, de su amor
lo sacudí por los hombros para que me atendiera
en ese momento, cuando ya estaba casi echado/
sobre mí
comprendí que él era el rey de espadas

Flores con gasas y adhesivos
sus aromas regresan
sobre el corazón de los inviernos

(poema escrito con Reynaldo Péres Só)

Lentamente hemos convenido en destruirnos
igual que casas bombardeadas
con sus tripas violetas y las mecedoras
coloniales
al canal de las ranas
Una liga tuya irá en el aire junto al alfiler
de mi corbata

Encontraremos alguna vez nuestro cuculillo?

Aquella lámpara en la puerta goteaba su llama
la lluvia ardía entre los brocados
arraigando claros mechones; y en tanto que en/
nosotros
nació el verdaje de la noche buena

Nos acercábamos al fin del verano
que por antojo de los dioses
trajo copiosos pájaros de gritos lacerantes

Era el fin de la miseria clamorosa
pues el ángel de yeso humedecía sus pliegues
en lagos de luciérnagas

Otra vez el armario fue mojado de tibia penumbra
cuando nuestros corazones destilaron su errancia
y la caja de música echó a andar

*(incluido en Edp con versos de la primera estrofa
cambiados)*

EN LA CASA DE LOS ESPÍRITUS

A Gabriel Rodríguez

En la casa de los espíritus
la matrona de los espiritistas dejó sus manos/
sobre el piano
para escucharme atentamente mirándome desde sus/
ojos profundos
por esos días mi ser se comportaba como una cuerda/
tensa una llama
Con toda convicción, acompañando con gestos/
apropiados
mis palabras
dije: no se puede creer en los astros, ni en los/
libros
sagrados
ni en la lectura de las manos
tampoco en los filtros de amor
o cosas así
Luego miré entonces como quien tiene

toda la fuerza de la tierra en su vista
y seguí: para qué estos altares, el buda gordo
los candelabros, y oraciones
el incienso quemado, el papel de colores
Este silencio a la paz, para qué;
para qué los espíritus, si estos no existen
más que en su bella cabeza, madame?
Y diciendo así descargué mi puño terrible sobre/
la madera
y diciendo así, para mi asombro eterno
mi puño ya no estaba
mi puño mi cuerpo mis ojos la llama de mi ser
todo fue aire.

EN UN SUEÑO DEL CAMBIANTE OCTUBRE

En un sueño del cambiante octubre
estabas
imaginaria o cierta
agobiada de luz y de los cielos
reflejada en las aguas vaporosas
tu cabeza aromada.

En un sueño del cambiante octubre
llamaste sin saberlo
sobre mis manos silenciosas
llamaste y se hizo la punzada
y de pronto sentí en mi garganta
cómo crecía tu ser en mis entrañas
la saliva tuya reunirse a la mía
en este clamoroso pecho.

Ícaro gusta el vino que sin cesar te ofrezco
mientras la lluvia venida de legendarios mares
dibuje tu rostro con el purísimo líquido
La lira de Orfeo aguarda tu divina caída
Aquel desafío nuestras almas ansían cantar
No importa que el fuego impida nuestro amor
en vientos de noches y mares incesantes
alcanzaré la muy dulce miel de tus blancos senos
En la Tierra escucho los lamentos y/
lamentaciones
por la muerte de Eurídice.

Si llegas a pescarme
si sabes que en tu anzuelo mi boca exhala
sintiendo el mareo y la brecha que deja el acero
y pruebo en mi sangre la tensión de tu brazo
el ansia de la vena cava
no te quedes absorta en mis convulsiones
mientras fijo en ti los ojos salobres

Da gracias al mar y llévame a casa
despójame de escamas
haz fuego y pon la mesa

PAÍS MALGASTADO

Al país malgastado
a mi país robado y profanado por hombres violentos
que para nada sirven
A la patria hendida y saqueada a cada instante
en nombre o fuera de la ley
ya no basta llorarla los días
en que ávidos mercaderes derriban sus bosques
que más tarde convertirán
en esas horribles piezas “coloniales”
con que suelen atiborrar sus salones
o en leños para sus ridículas chimeneas tropicales
ya no basta estremecerse ante las arboledas
llevadas a la hoguera como reos de frescura
ni contemplar los campos devorados por el veneno
de la indiferencia
Menos todavía engañarnos diciéndonos que/
amamos esta tierra
donde los antepasados reposaron sus ojos
ojos más piadosos que los nuestros

ni repetir las antiguas canciones de la patria
añosas melodías de una gloria pasada
Ya no basta nada de esto
De ahora en adelante habrá que hacer otra cosa
pero temprano
antes de que el duelo se haga una costumbre

VENTISCA

Abatido por un halcón príncipe
la ventisca me llevó a las aguas de nadie

Ya caído, desplomado y sin madre
llama la roca de diamante -mi consuelo-
y rasgando su vitral
aterrado intenté (en vano)
escarbar en la rosa de los vientos

Y así escapé hasta las maderas de un navío
que recién zarpaba

Entonces probé en mis labios lo amargo
de mi huida,
el albergue de mi herradura, la marca
de carne salada que acaricia mi sueño
sin párpados.

Cuando ya no fue posible hacer más tratados
que hablaran de los dioses
reflexionando sobre sus apetencias y contratos
más o menos infelices con nosotros;
perdidas como fueron todas las apuestas
por aquellos más listos que ofrecían
brindárnoslos a cambio de una sumisión inefable
hicimos este viaje ante nosotros mismos
conviniendo en adorar lo que habíamos conocido:
desde cielos vacíos y rosas polvorientas
vinimos a hacer el amor.

NOCHE DETENGO EN TI

Noche, detengo tu línea de flotación
Aparece en mí tu dádiva de estrellas que no/
logro entender
y sorprendo tus ojos que sueñan en lo eterno

Me guías un poco a través de los truenos y el/
silencio
Apareces de pronto en los mapas de un infante
abandonando a su suerte a sus lombrices y cañas/
de pescar
que giran y giran en la bóveda estrellada de/
alondras

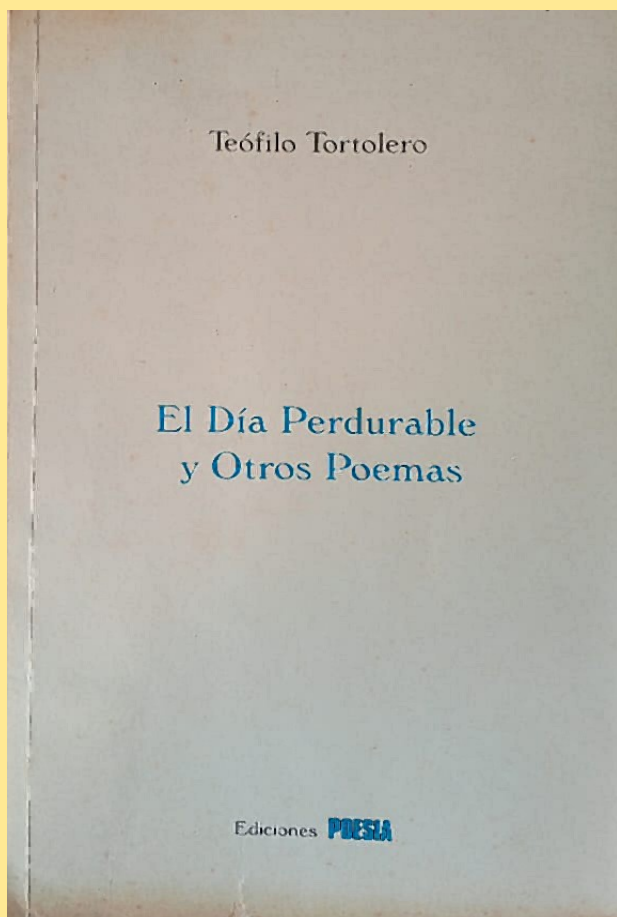
Noche, invocación de una tortura o una/
quemadura
de mirar el aire,
trasvasado en los ojos de otra estancia,
de herraduras que hizo el hombre en sus rescoldos/
afiebrados

herencias tuyas, Noche, hembra a quien es/
imposible tomar
Noche, de quien me nutro y lloro por espacios
en sus dedos,
ya que eres huidiza como las madres que se/
ocultan en los
camposantos de sus flores (pastos de Dios/
eterno)

Noche, compañera de una errancia, de un/
vagabundo
que quiere cerrar los ojos
sin mirar más diamantes, ni pestañas o señuelos
ofrendados en trágicos perfumes

Oh, mi madre noche, a quién clamo,
a quién convoca el llanto de estos días terrenales,
a quién cerrar la puerta
si los alaridos muerden esta pestilencia
que es el final de la última tierra?

El día perdurable y otros poemas (1997)



El día perdurable

El ocre de un airecillo suave trae a esta tarde
la fragancia de un pasto que fuera
resucitado en su breve muerte.

Aquí tomé el recodo
aquí absorbía el azul con sus mixturas
llenas de saltamontes.
Por estos senderos bebí las sombras de las sombras.

Aquí quedó temblando con mis labios
besando tu veste
recordada y pura veste
que dora tus brazos al amanecer.

Sólo estrellas se recuerda mi vista
y se tensa igual que el cordaje
de una guitarra campesina.

Ya entró en mi paraíso
el pecho de la rosada alondra

Vela por mí la pequeña y frágil doliente

Vela por nosotros desde su lecho
de aire respirable
y fatigado

Ave purísima
canción de este día
amable, parada a un lado de los días,
vuelve siempre soleada a encantarnos.

Joya de plumas, temblorosa en mis labios,
a quien nombro absorto,
pensativo en la nodriza que no tienes.

A mi vista dabas

a Vanessa A.

Tanto me dí a los cielos si viviera
tanto que aconteciera de sus nubes
que l'alma contemplara de mis años
si en volviendo a jugar
contigo diera
con el sueño que tú a mi vista
dabas

Día de Piedra blanca
me sorprendió
lavando mis ojos frente a un cielo
que desfallecía en su evanescencia

Tú naciste entonces
dientes en su hilera sagrada
dientes de purísimo y exacto misterio
estremecidos por esencias de luna

Día de piedra blanca
cuando las aguas de tus ojos anisados
que llevan hojas encendidas
se arrojaron mansas y luminosas
a ésta mi sangre

Día de piedra blanca
Oh tú
la transparencia
y el ensueño.

Amor de la tierra

Amor de la tierra
qué dulce es tu fogata
cómo calienta tu ropaje
la piel de este corazón
de tarde en tarde.

Otros poemas

I

Ha venido el desaforado olor del cielo
por nosotros
y la cigarra aturde y escarba
al lado de una puerta
que todavía se abre al temblor.

II

Bajo los puentes me diste el aire seco
y tormentoso
soplaste tempranamente el pecho
que ahora se humedece por toda la tierra.

En esta puerta hay aire
entre sus goznes
sólo aire

Y aguarda el grillo en sus maderas toscas
frotando sobre el mismo barniz
que da gracia a su trino
a su inclemente dios
allegándole apenas
su acostumbrada pesadumbre.

Quién sabe de los cielos

Las avecillas

El plomo en sus alas

Cuán Dios va a sus ojos
martirizados.

Cuando probé tus ojos anisados
todas las violetas del cielo
cayeron
todas las gotas ardieron en las hojas
y en el rayo de tu blanco nacimiento
donde las lunas derraman
su sedosa luz
una lágrima vino a echarse
en mi sangre
y a estar con ella de puro amor
de un asombroso amor.

Recuerdo la señora que llevaba el paraguas
soportando sus pasos bajo el sol de mayo

Amada mía en gris y claroscuros
tú mi amada lejos lentos al atardecer
y temibles perfumes al exhalar su efluvio
el topacio de noche

Tú mi ausente del vino que se muestra a mi lengua
y gotea su voz sobre un plato dorado

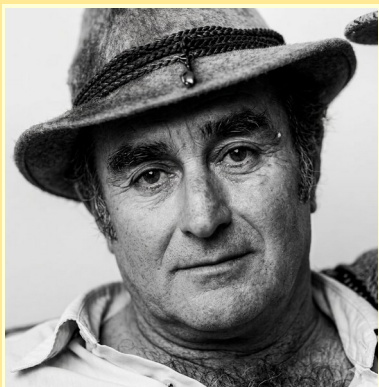
Tú amada en el gusto de estar sentada
en mi comedor
a ti llamo señora sola
toco el perfil de un ramo desbocado en sus hijos
y me imploro como un ángel cualquiera
que deseara establecer sus huesos
para mentirse un tanto
sin ser alto ni bajo
pero aguardando un beso polvoriento
que lo conduzca
al transparente retazo del cielo.

Bares arrasados de antiguo
por un canto meloso de lástimas de sangre
donde mana una vida estrepitosa
perdida en ufanos estertores
y suelos manchados

Bares inflamados por una fiebre bravía y dulce
que escapa de los almanaques aceitosos
de paredes que al anochecer
muerden los ojos trasvasados de los borrachos

Yo invito a vuestros fantasmas orinados
a las postales desleídas en los mostradores
invito a los despojos de una tribu
bulliciosa y maldita
al mismo trago de la misericordia.





Teófilo Tortolero nació en Valencia, Venezuela, en 1936, estudió primaria en el colegio Don Bosco de esa ciudad y secundaria en los Institutos «La Salle» y Liceo «Pedro Gual». Perteneció al grupo literario «Azar Rey» (1968-1969) junto a Eugenio Montejo y J.M. Villarroel Paris. Fue jefe del Departamento de Publicaciones de la Universidad de Carabobo (1969) y Co-

Fundador de las revistas “Poesía” y “Zona Tórrida”. En 1982 obtiene con el libro *El Día Perdurable* el Premio de Poesía de la Bienal “José Rafael Pocaterra” patrocinado por el Ateneo de Valencia. Residió sus últimos años en la ciudad de Nirgua, (estado Yaracuy) donde ejerció su profesión de abogado. Muere en el año de 1990. Entre sus obras de poesía se cuentan *Demencia Precoz* (1986), *Las drogas Silvestres* (1972), *55 Poemas* (1981), *Perfuma Jaguaro* (1984), *La última tierra* (1990) y *El libro de los cuartetos* (1994).

El volumen presentado en esta ocasión por el *Movimiento de Escritores de Yaracuy* (MEY) y *Fábula Ediciones* de la **Obra poética** completa de Teófilo Tortolero ha estado bajo la curaduría del escritor **Radamés Laerte Giménez**, responsable también de la compilación y transcripción; mientras la revisión general estuvo a cargo del ensayista y poeta **Yony Osorio**. El prefacio de la misma, firmado por **Gabriel Jiménez Emán**, intenta contemporizar la obra de Tortolero en el momento actual y ponerla a disposición de los lectores, a fin de que ésta sea valorada en una justa dimensión.

